

Volksgemeinschaft durch volkwerdung. Ingeniería social nacionalsocialista para una sociedad sin clases

Sergio Brea García

PRIMERA PARTE

Los principios de la metafísica nazi-fascista

Como toda forma política que se precie, el fascismo y el nacionalsocialismo contaron desde sus comienzos con una base ideológico-teórica esencial, sobre la cual articulaban su propia *Weltanschauung*, su propia visión del mundo y, en particular, del Estado y de los individuos que lo conforman. Esta base ideológico-teórica halla conceptos comunes entre ambas ideologías, si bien también los halla dispares (debido, en gran medida, a su carácter nacionalista y, por tanto, eminentemente particularista). Lo que nos proponemos analizar en esta primera parte de nuestro trabajo son esos conceptos en los que fascismo y nacionalsocialismo convienen, esto es, aquellos principios o fundamentos respecto a los que ambas formas se declaran afines (aunque sin dejar de reseñar también, como es inevitable, algunas de sus desavenencias) con el objetivo de comprender mejor los cimientos ideológicos esenciales que, ya en la segunda parte, veremos funcionar en el caso que ahí nos ocupará por completo, esto es, en el caso alemán, y en concreto en su pretensión de materializar el antiguo ideal germano (obviamente, pre-nazi) de una «comunidad del pueblo» o *Volksgemeinschaft*.

El fascismo (italiano) y el nacionalsocialismo (alemán¹) son ideologías relativamente jóvenes. Como programas políticos surgidos tras la Primera Guerra Mundial –en parte como reacción frente al «terror rojo» comunista-, pueden calificarse acertadamente de únicas novedades dentro de un panorama político dominado, en ese momento histórico concreto, por la polaridad existente entre el comunismo ruso que salió triunfador en la revolución de 1917 y el liberalismo democrático occidental, de tradición algo más antigua. Pero, no obstante su novedad, sus bases y raíces más profundas se retrotraen, como mínimo, hasta la Ilustración del siglo XVIII.

Al contrario de lo que suele creerse, los cimientos del fascismo y del nacionalsocialismo están constituidos sobre ideas tan propias del siglo de las luces como la de progreso, la de reunión con la naturaleza o la de autosuperación del individuo². El conservadurismo reaccionario radical que algunos autores (especialmente los de tendencia marxista) ven en estos movimientos es falso en la mayoría de los casos, si no en todos, como demuestra el propio desarrollo de los mismos. El materialismo y la atomización social surgidos del avance científico realizado durante el siglo XIX eran características totalmente opuestas al ideario fascista y nacionalsocialista, que abogaba plenamente por el vitalismo

¹ La precisión se hace necesaria, por cuanto el primer partido Nacional-Socialista que se conoce tuvo su origen en Francia y, ya con posterioridad al surgimiento del NSDAP, la ideología (en sus principios más generales) se expandió por numerosos países de Europa e incluso de Iberoamérica, siendo así que el nacionalsocialismo alemán no fue ni el primero ni el único partido autodenominado «nacionalsocialista», a pesar de ser, como es obvio, el más conocido, cuando no el único.

² Parte de lo que veremos a lo largo de este ensayo está basado en ideas expuestas en la obra *El fascismo*, de Stanley G. Payne. (Payne, Stanley George, *El fascismo* (1980), traducción de Fernando Santos Fontela, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2009.)

filosófico (de inspiración nietzscheana y bergsoniana³) y por una metafísica de la voluntad que diese lugar a la creación de un nuevo tipo de hombre capaz de vivir por unos ideales y de morir por ellos, capaz de sacrificarse en aras del bienestar de su comunidad antes que del suyo propio y capaz de trascender sus propios límites físicos, intelectuales y morales:

Para el fascismo, el mundo no es este mundo material que aparece en la superficie, en que el hombre es un individuo separado de todos los otros, y está gobernado por una ley natural que lo impulsa instintivamente a vivir una vida de placer egoísta y momentáneo. El hombre del fascismo es el individuo que es nación y patria, ley moral que une a los individuos y a las generaciones en una tradición y en una misión, que suprime el instinto de la vida encerrada en el reducido límite del placer para instaurar en el deber una vida superior, libre de límites de espacio y de tiempo: una vida en la cual el individuo, en virtud de su abnegación, del sacrificio de sus intereses particulares, y aun de su misma muerte, realiza aquella existencia, totalmente espiritual, en la que consiste su valor de hombre.⁴

“Los gobiernos totalitarios recurren ampliamente a la utopía nietzscheana del ‘hombre nuevo’. (...) Pasemos, pues, a reseñar las características de dicho superhombre: es, ante todo, un individuo que ha superado los contrastes entre ‘academia’ e ‘ignorancia’. El hombre que ‘no se mueve, no se lava, camina a tientas, sofoca los instintos con la razón, arrastra un inútil equipaje, moribundo y viciado’ y que ve en el deporte ‘una actuación corruptora de la inteligencia y de la cultura, un espectáculo alejado de la propia persona’, está ya superado. En su lugar está naciendo el hombre que sintetiza ‘el himno y la batalla, el libro y la espada, el pensamiento y la acción, la cultura y el deporte’. Y como de hecho el individuo ‘es una unidad físico-síquica indivisible, unidad pensante y agente, microcosmos en el gran mundo, así deberán coincidir, colmarse y completarse armónicamente entre ellas la cultura del cuerpo y la cultura del espíritu’. En el origen de las acciones del hombre nuevo se halla la voluntad, conciencia de sí que, según la filosofía de Gentile, establece ‘en el deber una vida superior’”.⁵

Se trataba, en definitiva, de alcanzar un nuevo tipo de trascendencia, generalmente atea, muy distinta de la predicada con anterioridad a 1789 y de la negada con el avance inmediatamente posterior de la ciencia y el positivismo. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que este rechazo del positivismo (en su vertiente más puramente materialista) fue en la práctica más retórico que real, dado el gusto por el progreso técnico que caracterizaba a

³ La influencia nietzscheana la encontramos, entre otras ideas, en torno al concepto de *Übermensch* (tratado especialmente en *Así habló Zaratustra*, 1883-1885); la influencia bergsoniana, en torno a su concepto de *élan vital* como fuerza «providente» que subyace a la realidad y la dirige de manera finalista.

⁴ Mussolini, Benito, *La doctrina del fascismo* («II. Concepción espiritualista del fascismo»), 1932. <http://www.upf.edu/materials/fhuma/nacionalismes/nacio/docs/mussolini.pdf> [consultado el 30 de enero de 2014]

⁵ Fabrizio, Felice, *Sport e fascismo. La politica sportiva del regime, 1924-1936*, Florencia, Guaraldi, 1976, p. 113. Citado en Hernández Sandoica, Elena, *Los fascismos europeos* (1992), Ediciones Istmo, Madrid, 1992, p. 215. Cabe apuntar que este «ideal» de hombre nazi-fascista que aúna lo físico y lo espiritual podría encontrar, salvando las distancias, cierto precedente en el tipo humano utopiense propuesto por Tomás Moro, ya que dicho tipo, además de ocupar su ocio cultivando su mente, es perfectamente hábil en el uso de armas con fines de autodefensa individual o colectiva. E incluso podría aventurarse tal tipo en nuestra tradición, en la obra de Juan Ginés de Sepúlveda, en su intento de conciliar cristianismo con milicia al servicio de la nación (española o «hispanica»). (Sepúlveda, Juan Ginés de, *Diálogo llamado Demócrates* (sin fecha de publicación oficial), Editorial Tecnos, Madrid, 2012.)

De aquí en adelante, los saltos en el texto señalizados con [...] serán los presentes en el texto original citado; los señalizados con (...) serán puestos por nosotros como saltos deliberados entre partes de un texto original citado.

estos regímenes con miras a explotar una faceta más de su pretencioso poderío y competencia frente al resto del mundo, por un lado, y dada la necesidad de desarrollar nuevas, mejores, más mortíferas y devastadoras armas toda vez que los objetivos últimos de ambos regímenes se orientaron hacia la guerra, por otro.

Para cumplir con estos objetivos, fascismo y nacionalsocialismo hicieron vehemente hincapié -sistemática política pro natalista mediante- en la exaltación de la juventud como única poseedora de una nueva fuerza vital lo suficientemente potente como para llevar a cabo la anhelada revolución antropológica y social a la que cada movimiento pretendía dar lugar, misión para la cual la violencia (tomada como algo positivo y terapéutico en tanto que forma de realización canalizadora de las energías y los instintos propios⁶) y el militarismo (tomado como genuina expresión de nacionalismo y camaradería⁷, usualmente -no siempre- de corte imperialista) eran vistos como útiles complementos, fácilmente sintonizables con el espíritu valeroso, combativo, agresivo, despreocupado, decidido y resuelto tradicionalmente considerado como propio de la juventud. A estas peculiaridades del «espíritu juvenil» hay que sumarles la inmadurez (que hace a los individuos más manipulables), la preferencia por la acción directa, espontánea e impulsiva frente a la reflexión, y al voluntarismo frente a la prudencia (y el materialismo) propia de edades más avanzadas⁸.

Asimismo, es necesario resaltar la importancia absolutamente central que el ejercicio físico tenía dentro de la concisa y bien definida concepción del cuerpo con la que fascismo y nacionalsocialismo trabajaban. La idea de que el nuevo hombre a engendrar debía ser no solo «esbelto y ágil, veloz como un galgo, resistente como el cuero y duro como el acero Krupp»⁹, sino, antes incluso y como condición de posibilidad de todo ello, *saludable*, para lo cual había de ser concebido en un ambiente biológico y social *higiénico*, libre de toda mácula y suciedad física, tal idea, decíamos, se tornaba esencial para ambas doctrinas, sobremanera en el caso del nacionalsocialismo y de Hitler, para quien «raza, belleza, arte y atletismo, estaban entrelazados»¹⁰.

⁶ Influencia manifiesta del pensamiento y la obra de George Sorel (en concreto, *Reflexiones sobre la violencia*, 1935).

⁷ Idea que se resume en el comentario de Robert Ley, jefe del Frente Alemán de Trabajo, que definía el socialismo como «la relación entre los hombres en las trincheras». (Citado en Grunberger, Richard, *Historia social del Tercer Reich*, 1971, Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 2010, p. 62.)

⁸ Sobre estas y otras peculiaridades relacionadas con las raíces históricas y culturales del extraordinario entusiasmo y apoyo de la juventud alemana al nacionalsocialismo, es muy recomendable, entre otras muchas obras, *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich* (1975; traducción de Jesús Cuéllar Menezo, Marcial Pons, Madrid, 2005), de Georg L. Mosse. Asimismo, no hay que dejar de lado ni la importancia de los campamentos y las numerosísimas excursiones hechas al campo por las Juventudes Hitlerianas (*Hitlerjugend*, HJ) y por la Liga de Muchachas Alemanas (*Bund Deutscher Mädel*, BDM), por una parte, ni, por otra, el año que los integrantes del Servicio de Trabajo del Reich (*Reichsarbeitsdienst*, RAD) estaban obligados a realizar en el campo, ayudando en sus tareas a los campesinos más pobres (sección *Reichsarbeitsdienst Männer*, RAD/M) o bien, en el caso de las mujeres y muchachas de la BDM (sección *Reichsarbeitsdienst der weiblichen Jugend*, RAD/wJ), ayudando también en el campo o en las tareas del hogar.

⁹ Fragmento de un discurso pronunciado por Hitler a las Juventudes Hitlerianas. Citado en Spotts, Frederic, *Hitler y el poder de la estética* (2002), traducción de Javier y Patrick Alfaya McShane, Machado Grupo de Distribución, S.L., Madrid, 2011, p. 147.

¹⁰ *Hitler y el poder de la estética*, p. 147.

Fehaciente prueba de ese desmesurado interés por alcanzar la excelencia física y estética eran las asignaturas de «Estudio racial» o «Salud y eugenesia», a la sazón comunes y corrientes en los programas de enseñanza secundaria alemana¹¹. No obstante, dicho desmesurado interés no solo se puso de relieve entre la juventud, sino que toda la sociedad – italiana y alemana, pero especialmente la alemana– se vio impregnada en mayor o menor medida por él, ya fuera a causa de las actividades diseñadas *ex professo* por organizaciones como la *Opera Nazionale Dopolavoro* («Obra Nacional [para] Después del trabajo») italiana o la *Kraft durch Freude* (KdF) («Fuerza a través de la Alegría») alemana –la cual llegó a recibir cuantiosos fondos específicamente destinados a la construcción de barcos, instalaciones deportivas, áreas de esparcimiento, edificios de vacaciones..., todo ello para goce y disfrute del trabajador alemán¹²–, ya fuera incluso mediante la rutina inmediatamente posterior al término de la propia jornada laboral. Un buen ejemplo de este último caso en el ámbito alemán nos lo ofrece el afamado periodista español Manuel Chaves Nogales en diálogos como este:

–¿A qué hora se reanuda el trabajo?, pregunto al ver a los trabajadores voluntarios sesteando plácidamente después del rancho. –Ya no se trabaja más hasta mañana. Las labores terminan a mediodía y la tarde se consagra a la gimnasia. –Saludable práctica. Si todos los patronos dedicasen la mitad de la jornada de trabajo a la cultura física de sus obreros, el mejoramiento de la raza sería prodigioso.¹³

Claro que, en realidad, lejos estaba aquello de ser tan idílico como pudiera parecerlo *prima facie*:

He mostrado deseos de presenciarlos [los ejercicios gimnásticos], y galantemente el jefe del campamento se ofrece a llevarme. (...) Pero he vuelto a sacar mi aparatito fotográfico y este hombre está dispuesto, por lo visto, a que yo no haga fotografías de la *gimnasia* de los trabajadores voluntarios. Y de manera inapelable, acabada ya su condescendencia, me hace dar media vuelta. ¿Saben ustedes por qué no se ha considerado oportuno que nos acercásemos más? Sencillamente, porque los trabajadores voluntarios, en vez de hacer gimnasia, estaban haciendo instrucción. Eso que en Alemania se llama discretamente gimnasia no es más que la instrucción militar que se da a los reclutas, pura y simple. A la distancia de trescientos metros podía verse perfectamente el movimiento rígido de los reclutas y su marcha acompasada; se oía claro y distinto el silbato de los suboficiales y el desgarrón de las voces de mando. Eso era todo. No les parecía oportuno que hiciésemos fotos. Pero contarlos ya se supondrían que íbamos a contarlos.¹⁴

Toda esta interpretación de «lo cuerpo» y lo corporal, así como la manifiesta obsesión por su perfeccionamiento, pureza y salud conforme a una línea ostensiblemente naturalista y «naturante» del hombre, se reflejaba con vehemencia en los textos de la época:

“De acuerdo con nuestra concepción de la Naturaleza, *el hombre es un eslabón en la cadena de la naturaleza viva, como cualquier otro organismo*. Por otra parte, *es un*

¹¹ Lynch, Michael, *Nazy Germany* (2004).

¹² A comienzos de la guerra, 25.000.000 de alemanes de un total aproximado de 65.000.000 habían participado al menos una vez en los viajes organizados por la KdF.

¹³ Chaves Nogales, Manuel, *Bajo el signo de la esvástica [Cómo se vive en los países de régimen fascista]*, Editorial Almuzara, S.L., Córdoba, 2012, pp. 56.

¹⁴ *Bajo el signo de la esvástica*, p. 57.

*hecho que el hombre se ha convertido en dueño de la Naturaleza y que continuará ampliando su poder. La enseñanza de la Historia Natural puede contribuir a ello. Su tarea no es transmitir solamente conocimientos históricos, sino aumentar el amor de cada hombre sobre su país natal [...].*¹⁵

Reconocemos que separar la humanidad de la naturaleza, de la vida toda, conduce a la propia destrucción de la humanidad y la muerte de las naciones. Sólo a través de una nueva integración de la humanidad en toda la naturaleza puede nuestro pueblo hacerse más fuerte. Ese es el punto fundamental de las tareas biológicas de nuestra época. La humanidad sola ya no es el foco del pensamiento, sino más bien *la vida como un todo...* Este esfuerzo hacia la conexión con la totalidad de la vida, con la propia naturaleza, una naturaleza en la que hemos nacido, este es el significado más profundo y la verdadera esencia del pensamiento nacional-socialista.¹⁶

Estos fragmentos resultan verdaderamente significativos. En primer lugar, porque dan pábulo a una curiosa relativización cultural¹⁷:

Tan sólo la ignorancia y el prejuicio nos impiden comprenderlo: el nazismo contiene, por unas razones que no tienen nada de contingentes, las primicias de un auténtico afán por preservar los «pueblos naturales», es decir, una vez más, los «originales». El capítulo que Walther Schoenichen dedica en su libro a este tema carece de palabras suficientemente duras para estigmatizar la actitud del «hombre blanco, ese gran destructor de la creación» (...). «De hecho, la esclavitud de los pueblos primitivos en la historia “cultural” de la raza blanca constituye uno de sus capítulos más vergonzosos, no sólo surcado por ríos de sangre, sino de crueldades y de torturas de la peor especie. Más aún, sus últimas páginas no se escribieron en tiempos remotos, sino en los albores del siglo XX». (...) Esta requisitoria, redactada en 1942 por un biólogo nazi que contempla la *Naturschutzgesetz* como un medio de atajar estos desmanes (...) apunta a un objetivo positivo: defender los derechos de la naturaleza bajo todas sus formas, humanas y no humanas, siempre y cuando sean representativas de una *originalidad (Ursprünglichkeit)*.¹⁸

¹⁵ Brohmer, Paul, *Biologienunterricht und Völkische Erziehung*, Frankfurt, 1933, reproducido en G. L. Mosse, *La cultura nazi* (Barcelona, Grijalbo, 1973), pp. 109 y ss. Citado en *Los fascismos europeos*, pp. 196-197. La cursiva es añadida.

¹⁶ Lehmann, Ernst, *Biologischer Wille. Wege und Ziele biologischer Arbeit im neuen Reich*, München, 1934. Citado en Wikipedia: <http://es.wikipedia.org/wiki/Ecofascismo> [consultado el 30 de enero de 2014] La cursiva es añadida. En este sentido es posible sacar a colación, de modo anecdótico pero interesante, la figura de Martin Heidegger, cuyos «retiros espirituales» a la montaña fueron siempre recordados por muchos de sus alumnos. De estos retiros puede hallarse una somera pero correcta narración en *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich* (Koonz, Claudia, 2003; traducción de Juanjo Estrella, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 2005, p. 65 y ss.).

¹⁷ Este es un aspecto realmente fascinante del nazismo. Esta cacareada relativización le fue muy útil, más tarde, para justificar sus anhelos expansionistas como «propios de su cultura» y, por consiguiente, como moralmente legítimos, sin que ello fuese en detrimento de la legitimidad, claro está, del resto de pueblos a defender sus fronteras, lo cual era dicho ventajosamente, a sabiendas de su mayor debilidad.

¹⁸ Schoenichen, Walther, *Naturschutz als völkische und internationale Kulturaufgabe*, Jena, 1942, p. 411. La cursiva es añadida. Citado en Ferry, Luc, *El nuevo orden ecológico. El árbol, el animal y el hombre* (1992), traducción de Thomas Kauf, Tusquets Editores, Barcelona, 1994, pp. 160-161.

Porque

«Para la política natural del nacionalsocialismo, el camino a seguir está muy claro. La política de *represión y exterminación* tal y como América o Australia nos proporcionan en sus principios el ejemplo están tan fuera de lugar como la teoría francesa de la asimilación. Tan sólo interesa un florecimiento de los naturales que sea conforme con su origen racial propio».¹⁹

En segundo lugar, porque toda esta interpretación congeniaba, a su vez, con una visión orgánica de la sociedad (entendida como *μαχος ανθρωπος* o, en el ámbito nazi, como *Volkskörper*) que tenía sus orígenes en pensadores como Platón (*La República*, 395-370 a.C. aprox.), Hobbes (*De cive*, 1642; *Leviatán*, 1651) o aun Spinoza (*Tratado teológico-político*, 1670; *Ética*, 1677; *Tratado político*, 1677), y que había tenido un drástico repunte a partir de 1859, con la aparición de *El origen de las especies* de Darwin y el consiguiente desarrollo de su teoría en el ámbito sociológico y, especialmente, económico, debido, sobre todo, al trabajo de Herbert Spencer (*Sistema de filosofía sintética*, 1862-1897), todo lo cual propició el ulterior surgimiento de una renovada concepción de la sociedad como un todo vivo y orgánico análogo a cualquier organismo natural dentro del cual cada parte (cada «célula-órgano» o individuo) juega un papel más o menos importante pero, en todo caso, insustituible (todo ello, eso sí, conforme a un principio más o menos rígido de autoridad encabezado por la figura de un líder más o menos carismático pero reconocido)²⁰. Se aboga de esta manera por una integración social aparentemente perfecta entre individuo y colectivo (con, no obstante, una tendencial primacía del varón –influencia (una más) del militarismo- sobre la mujer) en la que el primero se sabe imprescindible para el todo, teniendo además la oportunidad de modificar su importancia dentro del conjunto (movilidad especialmente manifiesta en el caso del nacionalsocialismo alemán), al tiempo que es consciente de su nulo valor fuera de dicho todo (pues todo individuo *es* única y exclusivamente en cuanto individuo constituyente del Estado²¹), y en la que el interés del segundo, sin eliminar el del individuo, prima absolutamente siempre sobre el de cualquiera de esos mismos individuos²² al modo de la

¹⁹ *Naturschutz als völkische und internationale Kulturaufgabe*, p. 411. La cursiva es añadida. Citado en *El nuevo orden ecológico*, p. 162. Llamativas afirmaciones publicadas, casualmente, el mismo año en que se celebró la conferencia de Wannsee. Sí, la de la Solución Final.

²⁰ Como correlato político directo de estos planteamientos organicistas resulta apropiado señalar la profunda reestructuración llevada a cabo por el NSDAP en lo concerniente a la administración del Reich, la cual pasó a estar jerárquicamente constituida como sigue: en primer lugar, «el bloque» (del que existían, a fecha de 1941, 539.774), que estaba compuesto por entre 30 y 40 hogares, siendo «el sector más pequeño que atiende el Partido Nacional Socialista Alemán»; en segundo lugar, «la –sintomáticamente denominada- célula» (de las que existían, siempre en 1941, 121.406), que comprendía «de 4 a 6 bloques, unos 200 hogares»; en tercer lugar, «el grupo local» (de los que había, en 1941, 30.601), abarcando «en las grandes ciudades 1.500-3.000 hogares, en las comarcas rurales varios ayuntamientos»; en cuarto lugar, «el distrito» (de los que en 1941 era posible señalar 890), que «comprende ciudades enteras o barrios enteros de las grandes ciudades o, en el campo, un número considerable de localidades»; por último, «el Gau» o provincia (en 1941 había 43 «Gaus»), «la mayor unidad territorial dentro del Reich», por encima de la cual, evidentemente, solo estaba el propio Reich. (*Signal*, Sp N° 8, segundo número de abril de 1941, Deutscher Verlag, Kochstrabe 22-26, Berlín SW 68, Alemania edición e impresión, Harald Lechenperg director, Hugo Mösslang subdirector, pp. 24-25.)

²¹ Idea presente ya tanto en Hobbes como en Spinoza, y aun en Platón y Aristóteles.

²² Planteamiento recogido en la conocida expresión mussoliniana: «Todo en el estado, todo para el estado, nada fuera del estado, nada contra el estado.»

Voluntad General rousseauiana²³. Todo ello sustentado sobre un pensamiento que tendía claramente a identificar lo natural, en tanto natural, con lo bueno *eo ipso*²⁴.

Ahora bien, para lograr semejante sociedad perfecta, o teóricamente perfecta, esto es, para lograr el equilibrio óptimo entre la justa importancia y valor que el individuo merece como parte irremplazable del todo, y la justa importancia y valor que el colectivo merita como el todo mismo (que es, en resumidas cuentas, en lo que *a priori* parece que debería consistir la constitución de una sociedad ideal, y el objetivo primordial del fascismo y el nacionalsocialismo), se necesita algo más que una superación, por muy trascendental que esta sea, en el plano «espiritual»; se necesita, además, una superación distinta pero, simultáneamente, complementaria de aquella: la superación política y económica.

En efecto, si lo que se quiere es romper la desigualdad presente dentro de la dicotomía individuo/colectivo no basta con una revolución a nivel espiritual. Es necesaria, asimismo, una revolución a nivel social, político y económico previa que, una vez acaecida, vaya de la mano de o prepare el camino hacia dicha revolución espiritual. La pregunta que cabe hacerse, por tanto, es qué tipo de revolución ha de darse para lograr semejante objetivo.

Atendiendo al contexto histórico al que nos estamos refiriendo y sobre el que estamos trabajando (1919-1945), no es difícil ver la polarización política existente entre un occidente democrático liberal y una Rusia comunista aún joven, pero no por ello menos temible a ojos de ese mismo occidente democrático liberal. Sobre el papel, esto implica el enfrentamiento entre un modo de vida social capitalista y un modo de vida social comunista o, *mutatis mutandis*, el enfrentamiento entre un modo de vida *individualista* y un modo de vida *colectivista*.

Si bien es cierto que la democracia liberal tiende a presentar un equilibrio mayor entre los derechos del individuo y las obligaciones sobre él exigidas para con el colectivo que el comunismo (sistema en el que el individuo cuenta solamente en tanto que parte integrante del colectivo, y nunca *per se*), a la hora de la verdad este equilibrio es menos real de lo que se cree. Las sociedades democráticas liberales del siglo XX (y aun las del siglo XXI), en su calidad de capitalistas, eran, lo pretendieran o no, lo admitieran o no, cuando menos en su dimensión más economicista, eminentemente individualistas. Conceptos de cuño tan metafísico como los de «Estado», «Nación» o «Pueblo» no tenían, allí, especial relevancia más allá de su función sustantiva. El Estado o la Nación eran entendidos como los marcos geopolíticos dentro de los cuales el individuo vivía, se movía y actuaba, cumpliendo, si acaso, la única función de proporcionarle a este cobijo, alimento y seguridad, sin que aquel tuviera que entregar nada a cambio más allá del pago regular de impuestos. En otras palabras, la visión del Estado propia de estos regímenes no era sino la del Estado como mero instrumento

²³ En lo que respecta a la Voluntad General, queda aquí patente una de las interpretaciones que de ella y de la democracia como sistema *esencialmente homogéneo* hace el propio Rousseau (*El contrato social*, 1762) y que, posteriormente, adoptaron teóricos como Carl Schmitt (especialmente en *Sobre el parlamentarismo*, 1923) e incluso, en cierto matizado sentido, el mismo Mussolini (*La doctrina del fascismo*).

²⁴ De ahí el interés nazi-fascista (no pocas veces comprometido en la práctica por las necesidades urbanísticas, industriales y bélicas de la época) por la revitalización del campo, supuesto genuino anfitrión y guardián de todos los valores auténticos y tradicionales (léase raciales) del pueblo y la nación. Más adelante ahondaremos en alguno de estos aspectos relativos a la relación hombre-naturaleza, vínculo (en ocasiones sorprendente por su modernidad y progresismo) a la postre crucial para entender la visión nazi de lo que debía ser una genuina «comunidad (étnica) del pueblo».

al servicio del hombre. «Pueblo», por su parte, no hacía las veces más que de referencia al conjunto *numérico* de habitantes de un determinado territorio o país.

En el otro lado de la balanza estaban los comunistas rusos. Para ellos, el Estado o la Nación significaban algo más que para los demócratas occidentales (no hay más que recordar la «Gran Guerra Patria» soviética), si bien esa significatividad extra era más bien relativa –y paradójica-, ya que, desde el punto de vista marxista (que es el que se supone que defendían los políticos rusos), hablar de Estado o de Nación era hablar de algo temporal, superfluo, destinado a perecer más tarde o más temprano. Al fin y al cabo, se suponía que era cuestión de tiempo la conversión del injusto, egoísta y «prehistórico» mundo capitalista al comunitario estilo superior y definitivo de vida propuesto por el socialismo científico. Con esta idea en mente, el individuo, sobrevalorado en las democracias occidentales, pasaba aquí, por oposición, a estar infravalorado, supeditándose totalmente su bien propio al bien del colectivo sin posibilidad de reclamar.

Así las cosas, parecía imposible llegar a un punto en el cual ni el individuo fuese valorado en exceso con respecto al colectivo, ni este lo fuese con respecto al individuo. Dicho de otro modo: parecía imposible llegar a un justo equilibrio entre ambos –individuo y colectivo- que cumpliera con el ideal pero que, al mismo tiempo, fuese real. Y, sin embargo, aún existía esa esperanza, especialmente en el nazismo:

El sentimiento nacionalsocialista esencial, el *Ethos* nacionalsocialista, se evidencia tanto en el reconocimiento del valor de la personalidad como en la norma: *El bien común antes que el propio*. (...) Es reconocida la importancia de la personalidad creadora en la política, economía, arte, ciencia, y en general, en todas las manifestaciones de la vida. (...) En la economía alemana y en las empresas particulares, debe unirse el principio de la conducción con la propia responsabilidad, para producir fructíferas consecuencias. La libre iniciativa de la personalidad creadora y la responsabilidad de la personalidad individual, frente a la comunidad, no son contradictorias. (...) *La personalidad libre, creadora y responsable, es el fundamento de la conducción económica en su conjunto. Siempre y cuando, esta personalidad libre y creadora, no piense en función de sí misma, como ocurría en el liberalismo, sino que debe subordinarse e insertarse en los elevados fines del Estado, en el terreno económico.* (...) La libre responsabilidad de los individuos es mantenida y firmemente estimulada.²⁵

Es aquí donde entra en escena la doctrina conocida como «tercera posición» o «*tercerposicionismo*»²⁶.

La doctrina de la tercera posición o doctrina tercerposicionista se plantea como una posición política (y económica) contraria tanto al capitalismo como al comunismo (es decir, se presenta como una posición antiliberal y antimarxista²⁷), y, por ello mismo, ajena a

²⁵ Arthur Reinhold Hermann y Arthur Ritsch, *La economía en la cosmovisión nacionalsocialista* (1934), texto oficial del NSDAP, Editorial del NSDAP, Múnich, pp. 17, 26-27. En cursiva en el original. Disponible para su descarga en: <http://www.stormfront.org/forum/t945383/>

²⁶ http://es.wikipedia.org/wiki/Tercera_posici%C3%B3n ; http://en.wikipedia.org/wiki/Third_Position [consultado el 30 de enero de 2014]

²⁷ De manera especialmente fehaciente en el caso del nacionalsocialismo: «Cuando el orden, armonía dinámica de un conjunto social, surge de la adecuación de las estructuras a las exigencias naturales e históricas de su afirmación, estamos entonces, ante una comunidad orgánicamente estructurada. Esto es: orden social natural. (...) Este es el fundamento del robo capitalista, que hace de la empresa su propiedad individual, cuando debería

cualquier encasillamiento dentro del clásico espectro político de izquierda-derecha. En la práctica, esto se traduce en que los movimientos políticos que se definen a sí mismos como tercerposicionistas, se definen también como situados más allá de ese mismo espectro y, por consiguiente, como «superiores» a todos los partidos y movimientos que se adscriben a él, en el sentido de que su ideología política trasciende toda calificación, ya sea como más o menos izquierdista, ya como más o menos derechista. Esto es, cuanto menos en parte, cierto. Fascismo y nacionalsocialismo comparten numerosas características propias tanto de políticas de izquierdas como de políticas de derechas, combinando ambas de forma nueva y, por ello, única, sobre todo en el caso del nacionalsocialismo.

Como simple muestra de esto, podemos ver, por ejemplo, la contraposición que se dio en la Alemania nazi entre un gobierno súper centralizado en Berlín (característica propia de los regímenes derechistas) y la búsqueda real y efectiva de la igualdad social entre todos los miembros de la nación, especialmente entre patronos y obreros (característica típica de regímenes izquierdistas)²⁸.

Hay que reseñar, además, que el tercerposicionismo, como doctrina político-económica *per se*, no surgió de la nada, sino que contaba con importantes antecedentes como la teoría corporativista monárquico-católica y, yendo más atrás aún, las encíclicas papales de León XIII (*Rerum novarum*, 1891) y Pío XI (*Quadragesimo anno*, 1931).

Pero lo que sí que no podemos pasar por alto, dentro de esta dimensión política y, sobre todo, económica del nazismo y del fascismo, es el concepto clave de *clase social*. Articulado de manera distinta según la ideología a la que atendamos, el concepto de clase social tan caro al marxismo no deja de poseer una relevancia cuanto menos igual de significativa tanto para fascismo como para nacionalsocialismo, si bien, como decimos, la concepción de la sociedad, en lo que a las clases económicas y sociales respecta, difiere con perceptible claridad entre un sistema y otro.

En el caso del fascismo nos encontramos con una opinión firmemente establecida, al menos sobre el papel:

Ni individuos, ni grupos (partidos políticos, asociaciones, sindicatos, clases) fuera del Estado. Por ello, el fascismo es contrario al socialismo, el cual reduce e inmoviliza el movimiento histórico en la lucha de clase, e ignora la unidad del Estado que puede reunir

ser una organización necesariamente comunitaria. Esta desnaturalización patológica, no se produce solo en el régimen capital liberal individualista, sino también en el capitalismo estatal marxista, pues ambos, que proceden de una misma fuente, *no son ideologías antinómicas sino etapas de un mismo proceso*. En el capitalismo de Estado, los obreros de una empresa, no tienen acceso ni a la propiedad ni a la dirección de la misma, pues todo le pertenece al Estado, único patrón. Por esto, el trabajador, dentro de este régimen, sigue siendo un proletario, un asalariado del estado, y el estado, sigue siendo burgués capitalista. Como podemos observar, no hay nada más antisocialista, que el tan publicitado *socialismo marxista*.» (*La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, p. 2. En cursiva en el original.) Más rotundidad aún: “*No son las condiciones económicas las que determinan las relaciones sociales, sino que, por el contrario, son los conceptos morales los que determinan las relaciones económicas. Aquella moralidad que predomina en la vida del pueblo determina también la economía. El derecho que vive en el pueblo, determina la economía, y es su propia sangre y su espíritu vital*” (Kohler). (*La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, p. 29. En cursiva en el original.)

²⁸ Reflejada, por ejemplo, en la idéntica indumentaria azul que llevaban todos los miembros del Frente Alemán de Trabajo, la cual hacía indistinguibles a patronos de obreros en los actos públicos. (*Historia social del Tercer Reich*, p. 62.)

a las clases armonizándolas en una sola realidad económica y moral; análogamente, es contrario al sindicalismo de clase. Pero el fascismo entiende que, en la órbita del Estado ordenador, las reales exigencias que dieron origen al movimiento socialista y sindicalista sean reconocidas, y, efectivamente: les asigna una función y un valor en el sistema corporativo de los intereses conciliados en la unidad del Estado.²⁹

Dicho de otro modo: *no se niega la existencia de clases sociales*. Simplemente, se busca su convivencia armónica dentro del «sistema corporativo de los intereses conciliados en la unidad del Estado», propósito para el cual se tomaron múltiples y diversas medidas políticas, económicas y sociales a nivel estructural y, claro está, funcional, medidas que, sin embargo, de poco o nada sirvieron a la hora de hacer efectiva la revolución en la vida de los italianos (que más tarde se conocerá como el programa de la *socialización fascista*) que el fascismo y sus ideales más filosóficos prometían.

El caso del nacionalsocialismo era distinto. Sustancialmente distinto. Teniendo la raza por valor y fin último y supremo, localizable tras todo «medio» correspondiente (la educación, la salud, la sociedad, la economía, la política y el Estado, el arte y la cultura, la guerra y la paz...)³⁰, Hitler pensaba siempre en términos de un (si no de *el*) concepto clave del nacionalsocialismo tal y como el propio Hitler entendía este movimiento, a saber: el concepto de *Volksgemeinschaft* o «comunidad (étnica) del pueblo».

Este es el gran cambio que se ha operado en nuestro pueblo y que tiene visos de milagro: el sentido por la comunidad, el conocimiento de que todos los miembros del pueblo deben estar juntos en las buenas y en las malas, el conocimiento de que la penuria del último connacional es la penuria de toda la Nación y el calvario de ésta también asunto de todo el pueblo. Durante años numerosos compatriotas se dejaron engañar por la tornasoleante palabra-impacto de la solidaridad internacional, se astillaron en clases y se consumieron en el odio entre hermanos. Orgullo de clase, envidia y malevolencia imperaban en la vida alemana. (...) El obrero junto al académico, el artesano junto al muchacho campesino, hombres de todas las profesiones y estamentos, exteriormente unidos por la camisa parda, interiormente compenetrados por un espíritu y un pensamiento. (...) En dura, ardiente lucha, se abrió paso victoriosamente la idea de *comunidad popular*. (...) Trabajadores del puño, trabajadores de la frente, una trinidad viviente, creadora, sostenida por el espíritu de la solidaridad nacional. (...) Potentemente resuena la canción del trabajo creador a través de las comarcas alemanas, aquel trabajo que ennoblece a todos los connacionales indistintamente dónde están colocados, si junto al yunque, al escritorio, en la galería de la mina o con la escoba en la calle. El acorde fundamental de esta melodía, empero, es la vivencia de la comunidad popular. “[i] Un

²⁹ *La doctrina del fascismo* («VIII. Fascismo y socialismo»).

³⁰ «Nosotros, los nacionalsocialistas, tenemos que establecer una diferencia rigurosa entre el Estado, como recipiente, y la raza como su contenido. El recipiente tiene su razón de ser sólo cuando es capaz de abarcar y proteger el contenido; de lo contrario, carece de valor. El fin supremo de un Estado racista consiste en velar por la conservación de aquellos elementos raciales de origen que (...) fueron capaces de crear lo bello y lo digno inherente a una sociedad humana superior. Nosotros, como arios, entendemos el Estado como el organismo viviente de un pueblo que no sólo garantiza la conservación de éste, sino que conduce al goce de una máxima libertad, impulsando el desarrollo de sus facultades morales e intelectuales.» (Hitler, Adolf, *Mi lucha* (1925-1928), Segunda parte, «Capítulo segundo: El Estado». <http://radioislam.org/historia/hitler/mkampf/pdf/spa.pdf> [consultado el 30 de enero de 2014])

pueblo unido de hermanos” marcha orgulloso y alegremente hacia la aurora del Nuevo Reich!³¹

SEGUNDA PARTE

«Idee und Gestalt». *La Volksgemeinschaft o «comunidad del pueblo»*

1. Los antecedentes

Tradicionalmente adscrita al periodo de dominio nazi sobre Alemania (1933-1945), lo cierto es que la idea de una *Volksgemeinschaft* o «comunidad del pueblo» llevaba ya largo tiempo presente en el ideario alemán. Sin duda, se trata de un concepto «contradictorio, potente, pero mal comprendido, que sin embargo resulta fundamental para la comprensión de la política alemana en los fatídicos años de 1918-1945»³². Su origen habría de ser rastreado, como mínimo, hasta las guerras de liberación napoleónicas, a comienzos del siglo XIX, momento en el que, análogamente a lo sucedido en España, el pueblo alemán, constituido a la sazón por una plétora de Estados culturalmente hermanados pero nacionalmente inconexos, tomó plena conciencia de su potencial existencia como ente político unitario. Imposible olvidar, en este contexto, sobresalientes figuras de este período como Fichte, autor de los celeberrimos *Discursos a la nación alemana* (1808), tratado y proyecto educativo en el que no duda en atribuir a los alemanes (que no a los germánicos en general, a los que distingue de los alemanes propiamente dichos) una serie de rasgos distintivos y singulares (lengua viva y «originaria» como la griega; «virtudes alemanas» como la lealtad, la sinceridad, la honradez, la sencillez, la piedad, la modestia, el civismo, la entrega a la comunidad, la conciencia de libertad y perfectibilidad infinita, la conciencia de eternidad; la -superior- filosofía moderna...) de valor tal que solo por mor de ellos mismos, en tanto signos «connaturales» y exclusivos del espíritu patrio, valdría la pena sacrificarse.

333

ENERO
2015

Ahora bien, a pesar de las arengas fichteanas, en esta primera fase la concienciación política de la que hablábamos todavía será débil, al menos sí comparada con la concienciación posterior producto de la conflagración mundial de 1914-1918. Esto es así porque en aquellos momentos no era solo Alemania quien sufría las consecuencias de las invasiones y guerras napoleónicas, sino también, como hemos comentado, España, Portugal, Reino Unido, el Imperio ruso, el Imperio austríaco, el Imperio otomano, varios reinos italianos, incluidos los Estados Pontificios, etc., situación que junto con el sentir nacionalista fomentó también un cierto sentimiento de corte más europeísta, no en el sentido de unificación europea (proyecto a todas luces inconciliable con los propios sentimientos nacionalistas), sino de empatía entre naciones.

Con todo, la ulterior unificación política del país germano, lograda *de facto* en 1871 bajo la dirección de Prusia y de Otto von Bismarck, simplemente supuso la culminación de un proceso que llevaba decenas de años gestándose.

³¹ Sponholz, Hans, *Breviario político nacionalsocialista* (1935), texto oficial del NSDAP, Editorial del NSDAP, Múnich, p. 15. La cursiva es añadida. Disponible para su descarga en: <http://editorialkamerad.files.wordpress.com/2013/06/breviario-polc3adtico-nacionalsocialista1.pdf>

³² Fritzsche, Peter, *De alemanes a nazis, 1914-1933* (1998), traducción de Jorge Salvetti, Siglo XXI Editores Argentina, 2006, p. 15.

Pero la culminación no fue tal. No para el pueblo llano, que veía cómo, a pesar de haber obtenido la anhelada unidad política, carecía aún de una unión de carácter más espiritual como la reivindicada por el romanticismo predominante en la época. Lo que faltaba ya no era unidad, porque ya la había, sino el *sentimiento* de unidad, de colectividad con objetivo y destino comunes. En pocas palabras: el sentimiento que en un pasado no tan lejano había dado lugar a la unidad política. Y puesto que semejante sentimiento vino dado por una guerra (por el triunfo en la franco-prusiana, en concreto), solo una guerra parecía poder devolverlo. Y así fue, en efecto.

Cuando el 1 de agosto de 1914 el Káiser Guillermo se asomó al balcón del *Stadtschloss* (el palacio de la dinastía Hohenzollern) y anunció la «bélica nueva», la reacción popular no se hizo esperar. Este fue el momento crucial. El entusiasmo y el clamor de los días de la liberación del yugo napoleónico primero y de los días de la unificación que siguieron a la victoria prusiana contra Francia después no hallaron más propicia ocasión para manifestarse que aquella. Las calles se llenaron rápidamente de patriotas con banderas negras, blancas y rojas, los colores del Imperio. Los cánticos de guerras y patriotismos pasados como *Guardia sobre el Rin* o *Salve a ti con la Corona de la Victoria* resonaron entre los muros de las ciudades de toda Alemania con inusitada fuerza y conmoción, atrayendo, de manera casi irresistible, al indeciso al mare mágnum nacionalista:

Antes del anochecer, el Káiser finalmente apareció en el balcón real y habló a sus súbditos. “Ya no reconozco partidos ni credos”, proclamó, “hoy somos todos hermanos alemanes, y sólo hermanos alemanes.” Las aclamaciones eran tan estridentes que la mayoría de los presentes no pudo oír el resto del discurso. Esa noche Berlín se asemejaba a una fiesta, embriagada con el drama de la nación en guerra.³³

334

Sin embargo, la población no solo salía a las calles como seña de beneplácito hacia la decisión del régimen de apoyar a Austria-Hungría después del asesinato cometido contra el archiduque Fernando, heredero al trono de la dinastía de los Habsburgo. La gente

ENERO
2015

se reunía en las calles en reconocimiento de algo más: el sentimiento compartido de ser alemán y pertenecer a una nación. La declaración de guerra contra Serbia y Rusia, y luego contra Francia y Gran Bretaña, a principios del mes siguiente, fue seguida por una ola de nacionalismo popular, más tarde recordada sentimentalmente como los Días de Agosto, un período en el que las diferencias de clase, de credo y región parecieron borrarse y el pueblo, el *Volk*, pareció estar forjado en una sola pieza.³⁴

En no pocos lugares los soldados que partían hacia el frente eran despedidos con flores y cánticos. Las listas de voluntarios se engrosaron con celeridad sin parangón. Aquellos «Días de Agosto» pasaron a los libros de historia alemana como los días más dorados del Segundo Reich, y no tardaron en ser reiteradamente rescatados hasta la saciedad de la memoria colectiva en un intento por parte de las autoridades de subir la moral tanto a las cada vez más frustradas y molestas tropas que se refugiaban *sine die* del fuego enemigo en las infinitas trincheras de la Gran Guerra, como a la población en general, cuyas privaciones, en un principio aceptadas de buena gana, crecían conforme el final de la guerra (y, por ende, la fe en

³³ *De alemanes a nazis, 1914-1933*, p. 33.

³⁴ *De alemanes a nazis, 1914-1933*, p. 19.

el triunfo ulterior) se iba difuminando en el horizonte, lo cual, como era de esperar, causó un malestar notoriamente extendido, especialmente durante el crudelísimo invierno de 1916-1917, significativamente apodado como *Steckrübenwinter* o «invierno del nabo». La insípida y agria raíz se convirtió en el principal alimento de las familias alemanas, habida cuenta de las desastrosas cosechas que se venían dando ya desde 1915, que dejaron a la población sin patatas, y de la paulatina desaparición del pan (comúnmente denominado *Kriegsbrot* o *K-brot*, esto es, «pan de guerra») como pieza clave de la dieta alemana al poco de comenzar la guerra. A todo ello se sumó la llegada del invierno más frío que se recordaba. La fatal combinación de estos factores dio lugar a uno de los periodos más duros de toda la historia alemana del siglo XX.

En este ambiente de hastío, pobreza y racionamiento, el recuerdo de los Días de Agosto se antojó parco e insuficiente, y tampoco la evocación a la *Burgfrieden*, a la «Paz de la Fortaleza» guillermina que presuntamente había disuelto las diferencias de clase en el interés del todo mayor que era la Nación sirvió de mucho, a pesar del esfuerzo que la todavía precaria propaganda del régimen dedicó en idealizarla y establecerla como una realidad fruto de una guerra cuyo término supondría, en caso de ser negativo, la pérdida inmediata de aquella comunión suprema en la que implícita o explícitamente los alemanes se habían sumido junto con su Káiser pensando en los malos tiempos tanto como en los buenos. Aunque, en realidad, ya desde el principio hubo voces discordantes.

En Berlín, por ejemplo, una muchedumbre de cuantía no menor a la que festejó el comienzo de las hostilidades se manifestó con un mensaje de paz profundamente contrario a la toma de las armas:

El martes 28 de julio, tal vez un número no menor de 100.000 trabajadores asistió a reuniones del Partido Social Demócrata, celebradas en su mayoría en los distantes barrios proletarios de las afueras de la metrópolis. Una vez finalizadas, alrededor de las nueve de la noche, grupos más pequeños marcharon apresuradamente hacia el centro de la ciudad en un intento por “desacralizar” aquellos lugares nacionales en que se habían congregado los patriotas tres días antes. (...) También en otras ciudades se celebraron reuniones a favor de la paz (...). Una vez incluidas las contrademostraciones socialistas en el cuadro general, el mito de la comunidad nacional de agosto de 1914 resulta menos creíble.³⁵

Ahora bien, ni la bucólica imagen de los Días de Agosto ni los ideales anejos a la Paz de la Fortaleza se olvidaron, y a la postre ambos elementos, sobre todo los concernientes a la disolución de las barreras de clase, resultaron cruciales para comprender la actitud política que caracterizó a gran parte de la población alemana antes incluso de la finalización de la guerra. La implicación de toda o casi toda la población en el esfuerzo bélico hizo patente lo desgastada que se encontraba la monarquía y la enorme fuerza con la que las masas podían ocupar el espacio público antes reservado para los ocasionales desfiles reales de fechas tan

³⁵ *De alemanes a nazis, 1914-1933*, p. 35. Conviene tener en cuenta, a pesar de esto, que la actitud del SPD varió notablemente a lo largo del conflicto, llegando incluso a adoptar una postura claramente nacionalista y pro bélica: «El famoso dicho del SPD (...), “ni un hombre ni un centavo para este sistema, perdió toda vigencia con el voto del 4 de agosto de 1914, a favor de los créditos de guerra. Los socialistas estuvieron de acuerdo en proveer hombres y dinero a la causa nacional, dado que tenían la expectativa de que un gesto patriótico de esa índole llevaría a la reforma electoral (...) y abriría la puerta a relaciones más amistosas con los militares, los patrones, el estado y los gobiernos locales». (*De alemanes a nazis, 1914-1933*, p. 65.)

señaladas como el *Sedantag* (Día de la batalla de Sedán) o la «Batalla de las Naciones», en los que el pueblo a duras penas podía ejercer otro papel que el de mero espectador con funciones limitadas al elogio y el aplauso. Todo esto contribuyó de manera decisiva a la concienciación, por parte de la población alemana, de su potencial estatus como Nación auténtica, dueña de su propio destino:

La primera guerra mundial ocupa un lugar tan eminente en la historia moderna, porque creó nuevas formaciones sociales, organizadas en torno a una identidad nacional que fue definida en términos cada vez más populistas y raciales. Durante el curso de la guerra, la movilización masiva de la población amenazó las viejas jerarquías de subordinación y los protocolos de deferencia. Al mismo tiempo, la guerra transformó los papeles tradicionales de los géneros, borró antiguas lealtades de clase, y legitimó formas étnicas y excluyentes de sentirse alemán, produciendo como resultado una nueva y feroz comunidad basada en la lucha por la supervivencia, en la que todo un pueblo se jugaba de lleno el triunfo o la derrota. Al enfatizar más la idea de nación que la de estado, lo que el conflicto representaba se hallaba escrito en un lenguaje popular e insistentemente democrático. De este modo, la movilización de las masas en la Odeonplatz permitió entrever sucesos por venir. Para millones de alemanes los meses de julio y agosto de 1914 constituyeron un nuevo punto de referencia político que mantendría su validez durante tres décadas.³⁶

La ancestral *Volksgemeinschaft* hacia la que la *Burgfrieden* del Káiser apuntaba por fin parecía alcanzar visos de viabilidad, pero no como un todo benévolo e inclusivo basado en una suerte de empático «sentir común» entre pueblos subyugados, como pudiera entreverse durante las guerras napoleónicas, ni tampoco a través de una guerra o siquiera de un emperador, sino de la politización del pueblo entero, de su toma de conciencia como ente político unitario con capacidad de decisión. En una palabra: de la *Volkwerdung*, la «conversión de un pueblo en sí mismo». La primera palabra clave en el abecé nazi. Solo que los nazis le otorgarán una connotación muy singular al ya de por sí contundente y, a la sazón, incipientemente perverso término.

336

ENERO
2015

2. El crucial paréntesis de Weimar

El sueño se hacía posible, y la posibilidad, real. Pero entonces Alemania «se acostó monárquica y se levantó republicana»³⁷. Entonces llegó Weimar, y el verdadero mundo destruyó la fábula.

Así podría resumirse, salvando las distancias, la tesitura con la que la parte de los alemanes que aún tenía fe en la victoria final, parte que no era pequeña ni irrelevante, hubo de toparse tras el estallido de la revolución en Berlín y el subsiguiente abandono oficial de las armas. Con noviembre de 1918 dio comienzo uno de los periodos más turbulentos y conflictivos de cuantos se recuerdan en la historia de las naciones democráticas. Pues Alemania, desde ese día, sería una de ellas. Claro que no por demasiado tiempo.

Como se ha hecho ya en tantas ocasiones, cabe una vez más preguntarse por qué. Qué pasó para que un país con una cultura a la vanguardia de Europa y aun del mundo³⁸ fuera

³⁶ *De alemanes a nazis, 1914-1933*, p. 22.

³⁷ Dicho proferido a la llegada de la Segunda República española y atribuido tradicionalmente al conde de Romanones, Álvaro de Figueroa y Torres (1863-1950).

incapaz de sostener un modelo político que, en cierto modo, no hacía sino corresponder políticamente a la misma experiencia que el pueblo había adquirido durante la guerra, dándole por fin acceso a instituciones democráticas en las que poder manifestarse y participar activamente con pleno derecho y soberanía. ¿No era eso lo que los alemanes habían aprendido a hacer durante el conflicto? ¿Participar en el esfuerzo colectivo, en el interés de la «cosa pública»? ¿Por qué se negaba ahora una parte tan numerosa de ellos a ejercitar políticamente esas funciones que les acababan de ser jurídicamente reconocidas en un documento oficial de tanta relevancia como era la Constitución weimariana? ¿Se trataba de mera «inercia consuetudinaria» o había algo más?

Resultaría repetitivo y manido explicar una por una las causas de semejante rechazo: la forma de dar término a la guerra; la premura con la que los socialdemócratas, con Ebert a la cabeza, dispusieron el armisticio; las durísimas condiciones del Tratado de Versalles (coloquialmente conocido como el «*Diktat*» de Versalles), aceptadas por el propio gobierno socialdemócrata y que hacía recaer toda la culpa de la guerra sobre los hombros alemanes... Sin olvidarnos, claro está, de la crisis económica del 29, la cual supuso una patada en la espinilla para un país que por fin comenzaba a levantarse y estabilizarse a nivel internacional.

Pero sería erróneo considerar estas peculiaridades como el conjunto total de factores que llevaron a la caída de Weimar propiciada por la llegada al poder del Partido Nazi. Mucho más aún lo sería señalar sistemáticamente a la crisis del 29 como el factor único y exclusivo o siquiera decisivo a ese mismo respecto. Por supuesto, dichos aspectos, con especial atención al financiero, constituyeron el grueso de los ataques a la primera república germana. No hará falta insistir sobre ello. No obstante, es obvio que tales elementos no fueron los únicos que contribuyeron al fatal desenlace, y, aunque se considere que fueron los determinantes, podría aventurarse que, en realidad, no lo fueron tanto. No si les añadimos dos de los que los nazis supieron hacer un más que eficaz buen uso: el recuerdo de los Días de Agosto y de una *Burgfrieden* «secularizada» (vale decir, sin necesidad de monarca al uso) y el optimismo de un Movimiento cuyas miras se orientaron momentáneamente hacia un pasado (real o ficticio) considerado espléndido y majestuoso para, inmediatamente después, recuperar su vocación de futuro en pos de un porvenir aún más brillante y glorioso. Ni un elemento ni otro estuvieron presentes durante la época de Weimar. Desde luego no en la suficiente medida como para refrendar debidamente una estructura política que, precisamente por carecer de ambos y, en suma, de respaldo popular, o incluso diríase que *democrático*, no pudo evitar ser vista como una imposición extranjera *eo ipso* ajena a «lo alemán».

Lo esencial de ambos factores como elemento clave para comprender la atracción y el éxito obtenido por el nacionalsocialismo constituye la principal tesis que, en lo político, sostiene Peter Frietzsche, historiador alemán de quien ya hemos citado varias veces su notable obra *De alemanes a nazis, 1914-1933* (1998), así como, en lo filosófico-artístico, Roger Griffin, historiador británico autor de la extraordinaria obra *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler* (2007). Y es la tesis que también nosotros - conforme a lo visto en la primera parte- suscribimos:

³⁸ Hemos de ser conscientes, no obstante, de que el vínculo entre alto grado de cultura y/o civilización, por un lado, y «pacifismo» o «antibarbarie», por otro, en modo alguno puede ser considerado como necesario. El hecho de que se dé la primera condición no excluye la posibilidad de que a esa le acompañe la contraria de la segunda, esto es, de que un pueblo sea culto o civilizado no se sigue que no pueda ser «bárbaro» o belicista. La propia Alemania será el mejor ejemplo de ello.

[...] la revolución política de 1933 no fue impulsada por la nostalgia del pasado imperial o el temor a una revolución socialista. Fue un levantamiento mucho más optimista orientado hacia el futuro y propulsado por una generación joven de activistas, cuya meta principal era desarticular la cultura de castas de la Alemania conservadora. (...) En muchos sentidos, es engañoso caracterizar a los nacionalsocialistas como un partido de derecha; tanto ellos como millones de alemanes tomaban en serio los aspectos “sociales” y supuestamente progresistas de su programa político.³⁹

El recuerdo de la *Burgfrieden* secularizada llevaba flotando en la conciencia alemana hacía algún tiempo. Pero ahora, en la nueva situación surgida tras la hecatombe de la Gran Guerra, ese recuerdo quedaba relegado, por más fuerza que se le imprimiera, a esa misma condición, la de recuerdo. El diagnóstico hecho por gran parte de los analistas de la época resultaba, aunque partidista, en gran medida acertado:

Gobierno contra pueblo, partidos contra partidos –concertando simultáneamente las alianzas más extrañas e imposibles-, parlamentos contra gobiernos, trabajadores contra empresarios, consumidores contra productores, negociantes contra productores y consumidores, propietarios de viviendas contra inquilinos, obreros contra campesinos, funcionarios contra el público, clase obrera contra burguesía, iglesia contra Estado; todos golpeando con furia ciega sobre el adversario momentáneo [,] todos teniendo en cuenta sólo una cosa: su propio interés personal, su posición de poder, su provecho propio, los intereses de su bolsillo. Ninguno piensa que también el otro tiene su derecho a la vida, nadie reflexiona que la persecución desconsiderada del provecho propio sólo puede ser alcanzada a costa de los demás. Nadie se preocupa por el bienestar del compatriota, ni dirige la mirada hacia los elevados fines a cumplir frente al conjunto social, ninguno quiere detenerse en el correr sin aliento en pos del enriquecimiento personal. Golpe de codo en el estómago del vecino para adelantarse y, si es que promete ventaja, se camina sobre cadáveres [,] ¿para qué andarse con consideraciones? ¡Este es el moderno espíritu económico!⁴⁰

El oro se transformó en el soberano del Estado y del trabajo, la economía no era simplemente como de acuerdo al principio nacionalsocialista ha de ser la organización para la satisfacción de las necesidades de consumo de los seres humanos que viven bajo idénticas condiciones y con un mismo destino colectivo, sino que se alejaba cada vez más de la idea de una economía nacional alemana hacia la idea de una economía mundial. Dividendos y lucro se tenían en más alto valor que la vida y la existencia de los connacionales alemanes. La idea usuraria capitalista imperaba.⁴¹

Pero no solo entre los círculos directamente nazis (y por tanto directamente interesados en la búsqueda de conflicto) se palpaba el malestar de la época. Cuando Carl Schmitt, uno de los juristas alemanes más reconocidos (para lo bueno y para lo malo) del siglo XX, esgrimió en 1923 (es decir, aún a diez años vista de su adhesión al NSDAP) contra el parlamentarismo weimariano el hecho de que ya en aquellos momentos iniciales ocurría que

³⁹ *De alemanes a nazis, 1914-1933*, p. 13.

⁴⁰ Feder, Gottfried, *El programa nacionalsocialista y sus concepciones doctrinarias ideológicas fundamentales* (1936), texto oficial del NSDAP, Editorial del NSDAP, Múnich, p. 24. Disponible para su descarga en: <http://es.scribd.com/doc/39073942/Gottfried-Feder-Programa-Del-Partido-Nazi>

⁴¹ *Breviario político nacionalsocialista*, p. 5.

[e]n numerosos folletos y artículos periodísticos se subrayan los fallos y errores más evidentes del funcionamiento parlamentario: el dominio de los partidos (...), las permanentes crisis gubernamentales (...), el nivel, cada vez más bajo, de los buenos modales parlamentarios, los destructivos métodos de obstrucción parlamentaria (...). Poco a poco se ha ido extendiendo la aceptación de unas observaciones ya muy conocidas de todos: que la representación proporcional y el sistema de listas rompen la relación entre el votante y su representante, que la obligatoriedad de la disciplina de voto dentro de cada grupo parlamentario se ha convertido en un instrumento imprescindible y que el denominado principio representativo (art. 21 de la Constitución del Reich: los diputados representan a todo el pueblo; sólo estarán sometidos a su conciencia y no se hallarán ligados por mandato imperativo) pierde su sentido, así como que la verdadera actividad no se desarrolla en los debates públicos del pleno, sino en comisiones (...), tomándose las decisiones importantes en reuniones secretas de los jefes de los grupos parlamentarios o, incluso, en comisiones no parlamentarias; así, (...) el sistema parlamentario resulta ser, al fin, sólo una mala fachada del dominio de los partidos y de los intereses económicos. (...) Pero entonces se debería tener la suficiente conciencia de la situación histórica para comprender que (...) el parlamentarismo ha quedado despojado de su propio fundamento espiritual (...)⁴²,

no estaba diciendo nada nuevo, nada que no estuviera entre los lugares comunes de tertulia de numerosos alemanes ni que fuera fruto de más coyuntura que la instauración misma del régimen republicano.

Porque si por algo se caracterizó la república de Weimar, especialmente en sus inicios como en sus finales, fue por su inestabilidad, por su recepción constante de críticas feroces desde todos los puntos del espectro político. Los comunistas la veían como un avance hacia un nuevo modelo económico, pero como una república de neto corte burgués a pesar de todo; los socialdemócratas la veían como una oportunidad de mejorar la situación de las clases obreras, pero desde un comienzo se encontraron con escisiones que impidieron una dirección firme y clara que les permitiese mantener la unidad necesaria en su partido y entre sus afiliados para llevar a cabo las reformas prometidas; los conservadores de clase alta la veían como la pérdida de unos privilegios obtenidos a fuer de tradición y herencia sagradas, mientras que los de clase media no hallaban en el nuevo sistema ningún clavo al que aferrarse ante los progresos cada vez mayores y más invasivos de «los rojos» y la cerrazón cada vez más hermética del núcleo duro de la burguesía más tradicionalista y anclada en el irrecuperable *Kaiserreich*; por último, los «revolucionarios conservadores», los grupúsculos fascistas inspirados en el modelo italiano y los nazis veían en la nueva república una injerencia eminentemente extranjera impuesta en un país (anteriormente Imperio⁴³) esencialmente ajeno a toda forma democrática (carácter propio únicamente de culturas y naciones «degeneradas», sin élites ni líderes de auténtica valía). Que fueran estos últimos quienes, de entre todo el *totum revolutum* de Weimar, se llevaran finalmente el gato al agua tiene una explicación harto simple: el que por el presente desespera, a quien mejor futuro le ofrece se aferra.

⁴² Schmitt, Carl, *Sobre el parlamentarismo* (1923), traducción de Thies Nelsson y Rosa Grueso, Editorial Tecnos, Madrid, 1990, pp. 24-25, 64.

⁴³ En realidad, la denominación de Imperio o *Reich* se mantuvo durante el periodo republicano en un intento de no herir (aún más) susceptibilidades tras las pérdidas políticas, económicas y territoriales del país.

[C]onviene no perder de vista que una parte considerable de los alemanes fue víctima del *idealismo revolucionario nacionalsocialista* y que creía estar construyendo un mundo mejor, una nueva utopía en la que, sin enemigos raciales, tensiones sociales o influencias culturales extranjeras, imperaría un encantador panorama social hecho de familias felices, saludables niños rubios y una raza pura. En la actualidad, la idea de que el renacimiento nacional germano auspiciado por Hitler pudiera convertir Alemania en el centro de una revitalizada civilización europea nos parece totalmente indeseable, pero había alemanes idealistas que, a pesar de las aristas que una revolución nacional pudiera tener, confiaban en que esta alumbrara un mundo mejor, no sólo para Alemania sino para el resto de Europa. En la propaganda del Tercer Reich no deja de surgir la imagen del triunfo del orden sobre el caos, de la decencia y la honestidad sobre los malignos valores propios de otras cosmovisiones.⁴⁴

3. El advenimiento del nacionalsocialismo. La verdadera «conversión de un pueblo en sí mismo»

Sencillamente, los que mejor «pintaban» el futuro eran los nacionalsocialistas. Aquellos jóvenes «sencillos y descamisados deportistas»⁴⁵ transmitían la confianza que el gran público, incapaz de entrever la senda correcta (o siquiera una senda) entre el denso y turbulento mar neblinoso que cubría el más inmediato porvenir, necesitaba. Enarbolaban la bandera de la eternidad en un momento en el que la incertidumbre de las familias era tal que ni siquiera el pan del propio día estaba asegurado, y mucho menos el del día siguiente. Con la promesa de un futuro aún más glorioso que la historia ya vivida y radicalmente distinto del *Kaiserreich*, un futuro en el que el pueblo por fin disfrutase de una participación política *sentimentalmente auténtica* (cita de Hitler y el poder de la estética) y de plena seguridad acerca de sus posibilidades de realización y dominio en el mundo, así como con un chivo expiatorio tan propicio como el judío y el judaísmo, todo ello aunado, claro está, al talento oratorio de un «coreográfico» Hitler y de una hipnótica y atractiva estética, «las fieras» que parodiara Chaplin llegaron al poder. Y no les costó mucho afianzarse en él. El impulso joven y vitalista que les acompañó resultó verdaderamente reconfortante para un pueblo que, desgarrado por los avatares de la guerra y la crisis económica, percibía unos nuevos vientos de cambio esperanzadores. La rapidez con la que Hitler, a pesar de toda su falsedad propagandística (habitualmente se decía que trabajaba todo el día cuando, en realidad, le gustaba levantarse a las doce de la mañana), se puso manos a la obra para reconstruir el país y rebajar las altísimas tasas de paro⁴⁶, sumada a la contundencia con la que -al menos *intra muros*- defendía la soberanía de Alemania frente a cualquier intervención o sujeción extranjera (fuera de los aliados, fuera de la Sociedad de Naciones), favoreció la impresión de que el Reich, ahora sí, comenzaba a levantar la cabeza. Y no de cualquier modo, sino con

⁴⁴ Overy, Richard, *Crónica del Tercer Reich* (2010), traducción de Jesús Cuéllar Menezo, Tusquets Editores, Barcelona, 2013, p. 8. La cursiva es añadida.

⁴⁵ *Bajo el signo de la esvástica*, p. 14. Esta pintoresca calificación proferida por el interlocutor de Nogales se complementa unas pocas líneas después (p. 15): «[...] un *nazi*, cuando se quita la camisa parda, se convierte en un joven deportista y una patrulla de *nazis* puede parecer muy bien un equipo de fútbol o un grupo de montañeros. Tenga usted en cuenta que lo característico del *nazi*, lo que le distingue de todos los demás militantes políticos, es que el *nazi* no tiene barriga; es un hombre joven, fuerte, sano, que practica el deporte y que hasta ahora ha comido poco». En cursiva en el original.

⁴⁶ Siempre bajo la firme consigna de que «[e]l Estado tiene la *obligación moral* de crear fuentes de trabajo»; «[e]l fundamento de toda creación de trabajo, es la inquebrantable convicción de que el hombre puede dominar la economía» en base a «la fe y la voluntad». (*La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, pp. 35, 64. La cursiva es añadida.)

orgullo y fuerzas renovadas, como una genuina *Volksgemeinschaft* que por fin había dado con su sino y estaba realizándolo, como un pueblo que finalmente se había encontrado consigo mismo o, más exactamente, que finalmente se había *aprehendido* a sí mismo, retornando a lo más profundo e íntimo, a lo más valioso y prístino de su propia esencia. Esto es lo que en el diccionario nazi significaba *Volkwerdung*.

Ahora bien, ¿cómo se reflejó toda esta ilusión a nivel de la sociedad? ¿Cómo pudieron ponerse en práctica los ideales por los que los Días de Agosto y la *Burgfrieden* habían tenido lugar? Y lo más importante: ¿cómo fue posible, en poco más de una década, «transmutar todos los valores» en pos de la realización efectiva de aquel anhelado sueño identitario-comunitario alemán? Eso es lo que ahora nos toca examinar, tanto en su parte teórica como en su vertiente práctica. Pero, puesto que «el que mucho abarca, poco aprieta», lo haremos centrándonos en un aspecto concreto: el económico, el que, a efectos prácticos, tiene o parece tener –con diferencia– mayor calado social. La observación atenta de los ámbitos sociales en los que los nazis invirtieron sus recursos económicos (propios o expoliados), así como la puesta de manifiesto del porqué subyacente a dichas inversiones, nos servirá para comprender mejor la dimensión práctica de una ideología que, en última instancia, devendrá, como veremos, puro e inmarcesible mito.

Teoría y práctica del Tercer Reich

«*Ein Volk, ein Reich, ein Führer*». Durante el periodo de tiempo que el Partido Nacionalsocialista gobernó Alemania, este fue el sintomático lema de la nación germana. La unidad ante todo. La unidad en todo. Ninguna esfera de la sociedad podía escapar a esa unidad en tanto esfera de la sociedad, esto es, en cuanto dimensión perteneciente a la comunidad de destino (*Schicksalgemeinschaft*) que era la comunidad del pueblo o *Volksgemeinschaft*. Estado total y «democracia pura»⁴⁷. Este fue siempre el principio básico que dirigió el proceso de «sincronización» (*Gleichschaltung*) o, en términos más toscos pero también más directos, «nazificación» de todas las instituciones políticas, sociales, económicas, culturales, etc. entre 1933 y 1945. Poco a poco, grandes y pequeñas asociaciones de todo tipo y carácter fueron imbuyéndose de la ideología biologista y racista del Partido, al tiempo que toda la sociedad en conjunto era «rediseñada» (cuasi literalmente) desde la

⁴⁷ Términos connotativamente schmittianos por excelencia. Resulta curioso recordar, en este sentido connotativo, la noción de «democracia germánica» manejada por el mismísimo Hitler, en todo compaginable con la concepción schmittiana: «En oposición a ese parlamentarismo democrático [moderno, corrupto y degenerado] está la genuina democracia germánica de la libre elección del Führer, que se obliga a asumir toda la responsabilidad de sus actos. Una democracia tal no supone el voto de la mayoría para resolver cada cuestión en particular, sino llanamente la voluntad de uno solo, dispuesto a responder de sus decisiones con su propia vida y hacienda». (*Mi lucha*, Primera parte, «Capítulo tercero: Reflexiones políticas de la época de mi permanencia en Viena».) También harto significativas a este respecto son las poco conocidas declaraciones de Mussolini en el *Mainfeld* de Berlín, durante su estancia en la ciudad, a fecha de 28 de septiembre de 1937: «(...) Ni en Alemania ni en Italia existe una dictadura; lo que hay son fuerzas y organizaciones que sirven al pueblo. Ningún gobierno en parte alguna del orbe cuenta con el apoyo popular en una medida tan considerable como los gobiernos de Alemania e Italia; las más grandes y legítimas democracias que hoy conoce el mundo son la alemana y la italiana. En otras partes, bajo el manto de los llamados derechos humanos inviolables, la política está dominada por el poder del dinero, del capital, de las sociedades secretas y, finalmente, por los grupos políticos que luchan entre sí. En Alemania, como en Italia, es cosa absolutamente imposible el que fuerzas particulares puedan ejercer su influencia en la política del Estado (...)». Citado en *Historia del mundo contemporáneo* (libro de texto de primero de bachillerato), Ecir Editorial, Madrid, p. 260.

Cancillería del Reich en Berlín por Hitler, el «artista político», el arquitecto y «constructor del Reich»:

El destino se lo ha dado todo al pueblo alemán en la persona de un solo hombre. No solo es un genio en política y arte militar. No solo es el primer trabajador y economista entre los suyos, sino que además es un artista, y esta es posiblemente su mayor fuerza. Nació del arte, este poderoso creador de grandes edificios se consagró al arte, en particular a la arquitectura, y hoy es además el constructor del Reich.⁴⁸

Hay que tener en cuenta que mientras para líderes como Mussolini la economía debía ser no más que un mero instrumento al servicio del Estado, para Hitler no debía serlo menos:

*“El pueblo no vive para la economía y la economía no existe para el capital, sino que el capital sirve a la economía, y la economía al pueblo.” “Nosotros queremos restablecer el primado de la política; la misión es organizar y conducir la lucha por la vida de la nación”. La economía debe, entonces, integrarse y subordinarse al Estado, amoldarse a la cosmovisión del nacionalsocialismo y ponerse al servicio de sus exigencias éticas y sociales. La economía no puede considerarse más como un Estado dentro del Estado, sino que debe insertarse como un instrumento útil a la comunidad.*⁴⁹

*“La economía es libre, pero se halla entremezclada con la política y el Estado. De ahí se deduce, con respecto a la relación entre el Estado y la economía, en primer término, el derecho de vigilancia del Estado sobre la economía, y en segundo término, el derecho de intervención del Estado mediante medidas policiales, administrativas y de política financiera, en caso de que así lo exija el interés de la comunidad.”*⁵⁰

Pero, al contrario de lo que pensaba Mussolini, para Hitler el Estado no era, como tal, un fin en sí mismo, sino que estaba supeditado a otra cosa que sí constituía el fin último *per se*: la raza:

Nosotros los nacionalsocialistas, tenemos que establecer una diferencia rigurosa entre el Estado, como recipiente, y la raza como su contenido. El recipiente tiene su razón de ser sólo cuando es capaz de abarcar y proteger el contenido; de lo contrario, carece de valor. El fin supremo de un Estado racista consiste en velar por la conservación de aquellos elementos raciales de origen que (...) fueron capaces de crear lo bello y lo digno inherente a una sociedad humana superior. Nosotros, como arios, entendemos el Estado como el organismo viviente de un pueblo que no sólo garantiza la conservación de éste, sino que conduce al goce de una máxima libertad, impulsando el desarrollo de sus facultades morales e intelectuales.⁵¹

En consonancia con esto, es necesario apercibirse de dos cosas. En primer lugar, hemos de reparar en la justificación implícita (cuando no explícita) que aquí se hace de la eliminación de lo diferente, de lo extraño, de lo ajeno y –como más arriba denominamos– «parasitario» respecto al *Volk* o, dicho de manera más precisa, respecto al *Volkskörper*. Esto

⁴⁸ «Die Begabung des Einzelnen. Fundament für alle», periódico Hakenkreuzbanner, 10 de junio de 1938. Citado en Adam, Peter, *El arte del Tercer Reich* (1992), Tusquets Editores, Barcelona, 1992, p. 206.

⁴⁹ *La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, p. 20. En cursiva en el original.

⁵⁰ Cita de Gottfried Feder en *La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, p. 24. En cursiva en el original.

⁵¹ Hitler, Adolf, *Mi lucha* (1925-1928), Segunda parte, «Capítulo segundo: El Estado». <http://radioislam.org/historia/hitler/mkampf/pdf/spa.pdf> [consultado el 9 de febrero de 2014]

legítima la visión del Estado nazi (y del resto de Estados totalitarios, sean del signo que sean) que Roger Griffin ofrece en *Modernismo y fascismo*, tildándolo de «Estado jardinero» una de cuyas tareas más significativas consistiría en arrancar las «malas hierbas» del jardín social a embellecer mediante una adecuada «conversión en sí mismo» de carácter claramente *ingenieril*:

Una de las primeras instancias del uso moderno de esta metáfora [la metáfora del «Estado jardinero»] la ofrece Federico el Grande, según el cual una de las tareas del Estado era «plantar» y «cultivar» las variedades más saludables de seres humanos. (...) [D]urante la Revolución francesa ya se estaban tramando planes de purificación de la sociedad, como se desprende del discurso que el célebre gramático François-Urbain Domergue pronunció ante el Comité de Instrucción Pública con la intención de que purificaran de doctrinas falsas los libros de la nación, el antecedente directo del discurso biopolítico, partidario de la higiene social del siglo XX: Amputemos los miembros gangrenados del cuerpo bibliográfico. Curemos a nuestras bibliotecas de la hinchazón que presagia la muerte; dejemos sólo la robustez sana, único síntoma de salud⁵² (...). Hubo que esperar al siglo XIX, el siglo que inauguró la «amistad peligrosa» de la ciencia, el modernismo social y político, y el pesimismo dionisiaco, para que se pusieran los cimientos científicistas (...) para que surgiera la visión nazi de una comunidad nacional depurada de todo síntoma de desviación y de degeneración, tanto desde el punto de vista cultural como eugenésico. (...) En la obra del propio Hitler, un «jardinero» mucho más competente incluso que Stalin, Mao Zedong, Pol Pot o cualquier otro dictador totalitario del siglo XX (...) vislumbramos otro destello de esta moralidad y esta conciencia «superiores». En *Mein Kampf* afirmaba: Sólo cuando una época deja de obsesionarse por la sombra de su propio sentimiento de culpa se alcanza la paz interior y la fuerza exterior para *podar* de forma implacable y despiadada los *brotos salvajes* y arrancar de raíz las *malas hierbas*^{53, 54}.

En segundo lugar, profundizando algo más en ese mismo planteamiento, debemos ser conscientes de que el carácter *völkisch* del nazismo, esto es, el carácter popular (o, literalmente, «del pueblo») de la ideología nazi enraíza directamente con una perspectiva biologista pura y radical:

Hemos explicado detalladamente que la aproximación bionómica enseña que los organismos, dentro de un espacio vital, son dependientes unos de otros y dependientes del conjunto total, y que cada uno debe realizar una función indispensable para el conjunto. Cuando se aplica a la comunidad biótica humana, cuando el futuro camarada racial alemán se encuentra unido a la comunidad biótica germana, y cuando tiene en su interior imbuida esta idea de relación de sangre con todos los alemanes, entonces desaparecen todas las diferencias de clases que hemos observado en el pasado, debido a los malos

⁵² Pierre Riberette, *Les bibliothèques françaises pendant la révolution 1789-1795; recherches sur un essai de catalogue collectif*, París, Bibliothèque Nationale, 1970, p. 46. Nota a pie de página citada en Griffin, Roger, *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler* (2007), traducción de Jaime Blasco Castiñeyra, Ediciones Akal, Madrid, 2010, p. 259.

⁵³ Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Ralph Mannheim (trad.), Londres, Pimlico, 1992, p.28. La cursiva es añadida. Citado en *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, p. 262.

⁵⁴ *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, pp. 259-262. La vinculación de esta concepción del Estado como «jardinero» con la visión artística que Hitler tenía de su propio Reich adquiere pleno y complementario sentido teniendo en cuenta que ya Kant, en su *Crítica del Juicio*, había considerado la jardinería como una forma de arte. (Kant, Immanuel, *Crítica del Juicio* (1790), Editorial Espasa Calpe, Madrid, 2009, p. 268 y ss.)

entendimientos, y hace que todos permanezcamos unidos. [...] El concepto eugenésico racial trabaja en la misma dirección (...) Debemos repetir constantemente que *las leyes biológicas que actúan sobre plantas y animales son también aplicables al hombre* (...). De aquí que la enseñanza del proceso de la domesticación de animales y del cultivo de las plantas, pueden preparar efectivamente el camino para el concepto de biología racial. [...] Si el machacar en la ideología de la comunidad biótica crea un sentimiento de pertenecer al propio pueblo y al Estado, la eugenesia racial crea la voluntad de ser fuertes en cuerpo y alma, de crecer y de tener salud dentro de esta comunidad biótica. Es éste el lugar para tratar también, desde un punto de vista biológico, a la familia como un valor positivo, y procurar la mejora del concepto de familia, que ha sido relegado al olvido últimamente por muchos pedagogos modernos. Después de todo, la familia es la más pequeña comunidad biótica, y el germen celular del Estado.”⁵⁵

Esta interesantísima cita refleja fehacientemente varios de los principios ontológico-metafísicos del nazi-fascismo que ya hemos visto y que, como decimos, a nivel social devinieron, de manera notabilísima en el caso del nacionalsocialismo, racismo radical siempre anexo a la concepción no menos *völkisch* de *Blut und Boden*, es decir, de la «Sangre» y el «Suelo» (o la «Tierra»)⁵⁶.

Convertida, de la mano del Ministro de Agricultura y Abastecimientos, Walther Darré, en consigna clave del ideario nacionalsocialista, la doctrina de «Sangre y Suelo» o «Sangre y Tierra» constituyó uno de los pilares fundamentales de toda la *Weltanschauung* nacionalsocialista⁵⁷. Y no solo en el terreno puramente agrario o racial. También el arte (especialmente la pintura y la literatura) se nutrió, en diversos ámbitos y facetas, de esta ideología que reivindicaba, como antaño hicieran otros pensadores –sobre todo, y no por azar, alemanes– el mantenimiento y revitalización de las relaciones del campesino con su tierra, con la tierra que la tradición y la herencia familiar le habían proporcionado y que legítimamente pertenecía a la comunidad en general y a él en particular (en tanto indispensable parte «celular» de la propia comunidad), toda vez que, al más puro estilo del razonamiento de Locke, inúmeros antepasados suyos la hubieron trabajado, mezclando con ella su sangre y su sudor, su esfuerzo y sus lágrimas, su trabajo y su vida, haciéndola, así, merecida posesión de quien garantizase la continuidad de la tarea, tan eterna como el ciclo de cambio sustancial inscrito en la misma Naturaleza y representado, según una de las múltiples interpretaciones existentes, en la mismísima esvástica.

El campesino, es quien cultiva su tierra incondicionalmente, por arraigo hereditario de su estirpe y considera su función como una misión de su estirpe y de su pueblo. (...) El título de honor de *campesino* corresponde por derecho, a aquel que por la vinculación a su predio, está arraigado en la tierra.⁵⁸

⁵⁵ Hernández Sandoica, Elena, *Los fascismos europeos* (1992), Editorial Istmo, Madrid, 1992, pp. 196-197.

⁵⁶ «Permaneced fieles a la tierra», había dicho Zaratustra. Los nazis se tomaron esta recomendación al pie de la letra. (Nietzsche, Friedrich, *Así habló Zaratustra* (1883-1885), traducción de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, p. 143.)

⁵⁷ Una excelente referencia para la comprensión de esta parte fundamental de la ideología nacionalsocialista podemos encontrarla, amén de, por supuesto, en el libro clave de Darré *Der Neudel aus Blut und Boden* (*La Nueva Nobleza de la Sangre y el Suelo*), de 1930, en Sala Rose, Rosa, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo* (2003), Acantilado, Barcelona, 2003, en la voz «Sangre y Tierra».

⁵⁸ *La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, p. 36.

De manera que este pensamiento ni mucho menos era fruto de la casualidad. Inserto a su vez en la corriente conocida por el nombre de *Ostforschung* (teorización acerca de los genuinos y auténticos valores del campesinado), era justamente por ello una de las claves de bóveda de las corrientes racistas imperantes a la sazón, según las cuales la sangre y los valores puros del *Volk* (para el nazismo, el «pueblo» comprendido en su sentido más racista y étnico) no podían hallarse en la caótica y viciosa ciudad, carente de genuinas raíces y envilecedora por su propia naturaleza abierta, industrial y urbana, sino que había que buscarlos en el límpido aire del campo, en las cristalinas aguas del río y, en resumen, en la pureza inmaculada de los pueblos y zonas rurales, las cuales, gracias a su romántico aislamiento de la ruidosa civilización, eran las candidatas perfectas para albergar lo autóctono y lo auténtico de la raza, tanto en lo concerniente a lo físico como en lo relativo a lo anímico y espiritual, y ello con benéficas consecuencias incluso para el seno mismo de la civilización:

“Construir la modesta vivienda del campesino, del obrero, del burgués activo, ha llegado a ser el problema favorito de todos los responsables de la nueva Alemania. [...] *Hoy estamos convencidos de la gran importancia del suelo natal.* Por tanto, no debe sorprender que incluso en las casas urbanas de mejor gusto encontremos un no se qué de rural. (...) Además, hay dos cosas que confirman ese carácter rural: por un lado, el respeto siempre mayor que se tiene por el viejo artesanado alemán, su energía productiva, su fuerza y su modestia; por el otro ese espíritu deportivo y militar de la nueva Alemania que reniega de todo aquello que no es sencillo, poderoso y útil. La contribución de Alemania a los problemas que presenta la vivienda moderna en Europa es, por tanto, una síntesis de esas *ideas morales*. Esta síntesis emana de los espacios y de los objetos que testimonian una honradez y unos sentimientos que no tienen nada de falso.”⁵⁹

Por supuesto, tras esta romántica e idealista prosa se hallaban funcionando tanto la idea del *Lebensraum* o espacio vital, supuesta condición de posibilidad *sine qua non* para el crecimiento y la viabilidad futura del pueblo de la «Gran Alemania» (*Großdeutschland*), a la sazón aún constreñido en las insuficientes fronteras de la «Pequeña Alemania» (*Kleindeutschland*)⁶⁰, como el más directo antisemitismo, manifestado en la velada pero fácilmente aprehensible contraposición entre un pueblo alemán cuyo territorio «natural», aunque injustamente cercenado, existía y podía conquistarse de hecho, y un pueblo judío por todas partes extendido y carente, sin embargo, de territorio propio. Otro rasgo más, en el ideario nacionalsocialista, de la oposición absoluta que la Naturaleza había establecido entre una raza aria destinada al triunfo y la gloria y una raza judía condenada al ostracismo y la miseria (cuando no a la desaparición total...).

En tercer y último lugar, se desprende de la idiosincrasia del fragmento líneas ha citado que para el *Führer* la existencia de unas clases sociales bien definidas acarrearba consigo un problema de la máxima gravedad, pero no tanto porque dichas clases fueran

⁵⁹ *La vivienda alemana*, folleto de propaganda, Berlín, probablemente 1940/41. Citado en *Los fascismos europeos*, p. 193. La cursiva es añadida.

⁶⁰ En términos geográficos la consecución de la «Gran Alemania» –término típicamente pangermanista y decimonónico- pudo tener lugar *de facto* a partir 1938, primero con la anexión de Austria al Reich alemán (*Anschluss*) y posteriormente con las sucesivas anexiones de Alsacia-Lorena y Eupen y Malmédy (perdidas en 1919 tras la derrota bélica), así como de Luxemburgo, los Sudetes y gran parte de Polonia. El resto de territorios adquiridos por el Reich (por ejemplo, Bohemia-Moravia) no formaban parte de la Gran Alemania sino en calidad de protectorados, colonias partícipes de la política del *Lebensraum*, Estados títere o zonas de directa o indirecta influencia germana, no como partes, diríamos, de pleno derecho.

reflejo de la discriminación de unos (los pobres) en pro de otros (los ricos) como porque, en lo esencial, su mera existencia, estuviera bien definida o no, contradecía aquel principio fundamental de la unidad del *Volk*⁶¹. En definitiva, la existencia de clases sociales destruye de antemano la posibilidad de una comunidad (étnica, racial) del pueblo sana, plena y genuina.

Con miras a la resolución de este crucial problema, Hitler adoptó una postura similar a la del Mussolini de los estertores del fascismo italiano:

Nuestros programas son definitivamente iguales a nuestras ideas revolucionarias, y ellas pertenecen a lo que en régimen democrático se llama "izquierda"; nuestras instituciones son un resultado directo de nuestros programas y nuestro ideal es el Estado de Trabajo. En este caso no puede haber duda: nosotros somos la clase trabajadora en lucha por la vida y la muerte, contra el capitalismo. Somos los revolucionarios en busca de un nuevo orden. Si esto es así, invocar ayuda de la burguesía agitando el peligro rojo es un absurdo. El espantapájaros auténtico, el verdadero peligro, la amenaza contra la que se lucha sin parar, viene de la derecha. No nos interesa en nada tener a la burguesía capitalista como aliada contra la amenaza del peligro rojo, incluso en el mejor de los casos ésta sería una aliada infiel, que está tratando de hacer que nosotros sirvamos a sus fines, como lo ha hecho más de una vez con cierto éxito. Ahorraré palabras ya que es totalmente superfluo. De hecho, es perjudicial, porque nos hace confundir los tipos de auténticos revolucionarios de cualquier tonalidad, con el hombre de reacción que a veces utiliza nuestro mismo idioma.⁶²

Pero allí donde Mussolini pretendió (durante el tiempo que sí gozó de soberanía económica, entre 1922 y 1943) armonizar a los miembros de cada clase social bajo el interés común y supremo del Estado, objetivo en vistas al cual decidió aplicar una política socio-económica de marcado carácter corporativista⁶³, Hitler, buscando no una armonización, sino una simple y llana *desaparición* o, cuanto menos, «difuminación» de toda diferencia social visible, echó mano de una solución puramente *idealista* plasmada en diversos artículos periodísticos de análogo corte al de este, relativo a la figura de «El Camarada» y redactado en plena guerra:

El camarada, el hombre que se encuentra en Alemania en todas partes y se reconoce por su emblema [del Partido] en la solapa izquierda, se ha convertido en concepto fijo y en elemento familiar de la vida alemana. Puede ser el obrero que adoquina

⁶¹ *Zwirtracht zerstört; Eintracht vermehrt* («La división destruye; el acuerdo construye»). Una de las más socorridas consignas nacionalsocialistas. Citado en *La conciencia nazi*, p. 172.

⁶² Declaraciones de Mussolini en Milán (a la sazón, parte de la República Social Italiana), a fecha del 22 de abril de 1945. http://es.wikipedia.org/wiki/Manifiesto_de_Verona [consultado el 9 de febrero de 2014]. Respecto a la idea de un «Estado de Trabajo» y a la sacralidad del trabajo mismo, el nazismo siguió una línea similar: «La Alemania Nacionalsocialista conoce sólo una nobleza, la nobleza del trabajo, la nobleza del rendimiento. (...) El que no trabaja no tiene derecho a alimentarse. “¡Sólo se gana la libertad como la vida el que a diario las debe conquistar!” Sagradas son las cicatrices del soldado, pero no menos sagrados los callos del hombre de trabajo. (...) “¡Por vuestra escuela [declaraciones de Hitler sobre el RAD o Servicio Alemán del Trabajo durante el Congreso del NSDAP de 1934 en Núremberg] pasará toda la Nación! Llegará la época en que ningún alemán pueda incorporarse a la comunidad del pueblo sin haber pasado previamente por vuestra comunidad. Y sabemos que, entonces, para millones de nuestros connacionales el trabajo ya no será un concepto divisor, sino de unión de todos y que en especial logre que no viva nadie en Alemania que en el trabajo del puño vea algo inferior a cualquier otro.” (*Breviario político nacionalsocialista*, pp. 23-24.)

⁶³ «El nacionalsocialismo rechaza la constitución de un Estado corporativo, en el cual el Estado, sea la designación colectiva de las corporaciones». (*La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, p. 42.)

la calle, el conductor del coche que circula por la vía y el comerciante o industrial que se sienta en el mismo. La posición social no desempeña papel alguno en la admisión en el Partido. El tratamiento entre los afiliados es de «camarada», se suprime la palabra señor u otro título y el saludo es «Heil Hitler», levantándose el brazo según la antigua costumbre alemana. (...) Según declaración del Führer, en el Partido Obrero Nacional Socialista Alemán deberán admitirse como afiliados sólo los mejores nacionalsocialistas. Quiere que el partido sea una *comunidad jurada* de lucha política. Podrá admitirse todo miembro del pueblo alemán, que sea de sangre alemana. (...) La situación económica ni la profesión desempeñan papel alguno. Lo decisivo es únicamente la reputación y la entereza de carácter. Se da preferencia fundamentalmente a los individuos jóvenes.⁶⁴

En lugar de emprender algún tipo de reforma radical del sistema capitalista o de redistribución de la riqueza⁶⁵, Hitler intentó ajustarse con mayor precisión que Mussolini y que el fascismo a aquel equilibrio ideal tercerposicionista entre individuo y colectivo, permitiendo la existencia de la iniciativa económica privada (no nacionalizada⁶⁶) pero bajo la premisa de que el bien común *siempre* habría de estar por encima del particular: «*Gemeinnutz geht vor Eigennutz*»⁶⁷. Este planteamiento coincidía con lo que era, a juicio del propio Hitler, el *verdadero socialismo* (también conocido a efectos propagandísticos como «socialismo de los hechos»), el cual, según él, tenía por una de sus particularidades la ausencia de hostilidad hacia la propiedad privada:

Socialismo es, frente al marxismo, que afirmaba buscar la solidaridad del proletariado internacional, la *solidaridad nacional de todos los miembros de un pueblo*. Socialismo es *camaradería de todos los connacionales*. (...) Socialismo no significa igualdad marxista. El socialismo *valora según el rendimiento*. Cuanto más uno crea y actúa para su pueblo, tanto más valioso es para la comunidad y tanto más apto es para desempeñar cargos dirigentes. Socialismo tampoco tiene el mismo significado que social, una palabra que tiene un desagradable sabor a patrocinio y beneficencia burguesas. “El socialismo es justicia. No da nada como regalo, sino como derecho”, dice el Dr. Goebbels. El connacional que empeña todo su ser por la comunidad y que sin propia culpa llega a estar en situación de penuria tiene merecido derecho al auxilio por parte de la comunidad. (...) Pero no tiene semejante derecho el que cae por propia culpa e

⁶⁴ «El Camarada», en *Signal*, Sp N° 8, segundo número de abril de 1941, p. 15. La cursiva es añadida.

⁶⁵ Respecto a la paradoja existente entre una retórica redistribucionista y una práctica «fijista» o, cuanto menos, «mantenibilista», la postura oficial del Partido siempre se escudó en la inviabilidad fáctica de llevar a cabo profundos cambios en una sazón tan inestable como la generada por el crack del 29 (véase el ya citado *El programa nacionalsocialista y sus concepciones doctrinarias ideológicas fundamentales*, de Feder, p.5 y ss.). Ahora bien, lo cierto es que lo que Hitler tenía en mente era echar mano de una solución mucho más sencilla que le ahorraría todas las dificultades que una «segunda revolución» acarrearía: *esperar*. Con la consabida inclusión obligatoria, a partir de 1939, de todos los menores de 10 años en las Juventudes Hitlerianas (y, por extensión, en la Liga de Muchachas Alemanas), y con un plan de adoctrinamiento educativo e ideológico uniforme impartido con idéntico rigor en todas las zonas del Reich, la previsión de Hitler era que en un solo relevo generacional (a lo sumo dos o tres) fuera posible lograr, aun manteniendo las funciones sociales que tradicionalmente conocemos como «patrones» y «obreros», que cada individuo jugase su rol *correctamente*, esto es, que el empresario, aun buscando, como es natural, su propio beneficio, diese siempre prioridad al interés general y tratase como es debido al obrero en tanto igual, esto es, *connacional* suyo, quedando así la distinción obrero/empresario reducida a una mera formalidad nominal. Sobre si esto hubiera dado resultado o no siempre nos quedará – afortunadamente- la duda.

⁶⁶ Hitler solía jactarse de no necesitar una nacionalización de la economía porque él, literalmente, ya había nacionalizado a toda la población o, cuando menos, creía estar en camino de hacerlo (véase nota inmediatamente anterior).

⁶⁷ Literalmente, «El bien común está antes que yo». (*El fascismo*, p. 100.)

ineptitud. “El socialismo no es una religión de los débiles, no carga sobre el Estado la obligación de hacer arrastrar conjuntamente una cola creciente de incapaces por una minoría de pocos capaces”. (Bernhard Köhler). ¡Camarada! [¡]Tú eres socialista! Todas las diferencias de rango y clase están borradas en tus filas. Tu amor y camaradería pertenece a todo el que está contigo en las filas, sea cual sea su nivel. Tu amor pertenece a todo compatriota honesto en su intención para con Alemania. Tu orgullo y tu fuerza ha de ser no dejarte sobrepasar por nadie en el espíritu activo de camaradería socialista.⁶⁸

“No podéis ser verdaderos nacionalsocialistas sin ser socialistas y vosotros no podéis ser verdaderos socialistas sin ser nacionalistas. Ser nacionalista significa amar a su pueblo más que a los restantes pueblos y cuidar de que sea capaz de sostenerse frente a ellos. Pero para que este pueblo sea capaz de sostenerse frente al resto del mundo debo desear y cuidar de que cada miembro sea sano y que cada uno individualmente y con ello la generalidad, alcance un nivel lo más alto que sea posible. Así en consecuencia, ya soy socialista. En el otro caso no puedo ser socialista sin poner mi esfuerzo en que mi pueblo sea capaz de protegerse frente a las extralimitaciones de los otros pueblos en la lucha por los fundamentos de la vida, y sin empeñarme por la grandeza de mi pueblo, es decir, sin ser nacionalista. Porque la fuerza e importancia de mi pueblo es la condición previa para el bienestar de cada uno. De esta manera, pues, vosotros sois ambas cosas, nacionalistas y socialistas, o sea, nacionalsocialistas”.⁶⁹

“El nacionalsocialismo reconoce la propiedad privada y la coloca bajo la protección del Estado; pero impone al derecho de propiedad, deberes morales hacia la comunidad.” (Feder) El nacionalsocialismo procura con ello una *moralización del concepto de propiedad*. (...) *“El nacionalsocialismo permite la ilimitada disposición de la propiedad privada, cuando esa disposición sirve a la generalidad. La propiedad privada está limitada, consecuentemente, allí donde la posesión llega a ser un instrumento de poder o de explotación, contraria al bienestar de la comunidad.”* (Feder) (...) *“El nacionalsocialismo quiere facilitar el acceso a la propiedad a todos los que sean diligentes y capaces. El trabajador alemán de ninguna manera es enemigo de la propiedad. Pero encuentra injusto que desde su nacimiento no pueda tener la esperanza de ser propietario.”* (Kohler) *“El nacionalsocialismo ve, en un orden que facilita a los inteligentes y capaces, el acceso a la propiedad privada, y garantiza la posesión de los adquirientes, el mejor fundamento de la revitalización económica, de la personalidad, y con ello, el presupuesto y la base de toda cultura.”* (Feder)⁷⁰

“El bien común antes que el propio.” (...) *“Cuando se dice: el bien común antes que el propio, debe entenderse en el sentido de que, el natural interés por la ganancia no debe desbordar, de modo que lesione o desprece el bien común, el bien del Estado y el interés de todos”.*⁷¹

En suma, podría decirse que el concepto de *clase*, como tal, no era concebible o al menos soportable para Hitler en tanto que elemento disgregador. Y, sin embargo, su actitud hacia el darwinismo social era ostensiblemente favorable, manteniendo la creencia en la posibilidad de aunar la igualdad comunitaria del pueblo con una posterior jerarquización (esto

⁶⁸ Breviario político nacionalsocialista, pp. 2-3. La cursiva es añadida.

⁶⁹ Breviario político nacionalsocialista, p. 5.

⁷⁰ La economía en la cosmovisión nacionalsocialista, p. 32. En cursiva en el original.

⁷¹ La economía en la cosmovisión nacionalsocialista, p. 24. En cursiva en el original. Hacemos énfasis en la sentencia «el natural interés por la ganancia».

es, con el principio de autoridad o *Führerprinzip*) de los individuos menos sobresalientes por los más:

Los distintos resultados económicos del trabajo son reconocidos. El nacionalsocialismo no procura ninguna igualación, ni la nivelación de los ingresos; no concibe, en absoluto, la cuestión social como una cuestión de reparto; no promete a cada uno lo mismo, sino a cada uno lo suyo. El gobierno promete el máximo apoyo a los que quieren y pueden. “*Cuando se me pregunta –así se expresa el Führer en el segundo Congreso del Trabajo- qué entiendo por nacionalsocialismo, yo debo responder: NO OTRA COSA QUE PONER EN MOVIMIENTO, EXCLUSIVA Y AUTORITARIAMENTE, A LOS MÁS CAPACES EN CADA PLANO DE NUESTRA VIDA, PARA EL DESARROLLO DE LA COMUNIDAD*”.⁷²

Esto, asimismo, lo argüía como una muestra más (en este caso cierta) de la realidad y veracidad del «socialismo de los hechos» y la comunidad del pueblo (pues era una manera de mostrar cómo la promoción social era totalmente posible al margen de la renta económica⁷³).

Conforme a estas ideas de socialismo de los hechos y comunidad del pueblo, además, no resultaba tan casual que el grueso del NSDAP lo constituyesen miembros de la *Mittelstand* o clase media⁷⁴ o que, en lugar de optar por un sistema de corte sindicalista vertical a la hora de organizar a los trabajadores, se apostara por un gigantesco Frente Alemán del Trabajo que no admitía distinciones grupales de ningún tipo, aun cuando estas realmente existieran⁷⁵:

La lucha de clases es eliminada y sustituida por una relación de lealtad [*Gefolgschaft*]. Mientras el anterior orden social, reposó ciertamente en la organización de las oposiciones, en el nuevo orden, no existen más los adversarios sociales. Las asociaciones patronales han sido disueltas.⁷⁶

Finalmente, con el comienzo de la guerra, y a pesar de la notable prosperidad inicial (propiciada por la llegada de una ingente cantidad de productos desde los territorios conquistados y por el trabajo de la mano de obra esclava venida del Este -trabajo que no desaprovecharon empresas como por ejemplo la Krupp-, sin el cual hubiera sido imposible

⁷² *La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, p. 23. En cursiva en el original. En el plano puramente económico, este darwinismo social se reflejó con claridad en la obligatoriedad impuesta a las empresas en 1935 de poseer registros de contabilidad y la subsiguiente eliminación de los establecimientos inviables financieramente o no rentables dentro de un ámbito de producción excesivamente desarrollado. (*Historia social del Tercer Reich*, pp. 186, 196.)

⁷³ Lo cual era puesto de manifiesto, por ejemplo, en la variadísima composición social de las Escuelas Políticas Nacionales (Napolas), las escuelas Adolf Hitler, la Escuela del Reich del NSDAP de Feldafing y las escuelas de las SS, formadoras de una élite (racial) con base en todo el pueblo, siguiendo, curiosamente, con intención o sin ella, ideas ya prefiguradas por Fichte en sus *Discursos a la nación alemana* de 1808.

⁷⁴ Punto 16 del «programa fundamental» del NSDAP: «Exigimos la creación de una clase media sana y su conservación, la comunalización de las grandes tiendas y su alquiler a bajo precio a pequeños artesanos y talleristas y un decidido trato preferencial de éstos en los suministros al Estado, las provincias o los municipios». (*El programa nacionalsocialista y sus concepciones doctrinales ideológicas fundamentales*, p. 19.) Este trato preferencial hacia el artesanado se puso de manifiesto, por ejemplo, en lo relacionado con la confección de uniformes para los diversos órganos del Partido, mantenida en exclusividad por el pequeño y mediano comercio. (*Historia social del Tercer Reich*, p. 185.)

⁷⁵ Este fingimiento de unidad sin clases se reflejó, por ejemplo, en la idéntica indumentaria azul que llevaban todos los miembros del Frente Alemán de Trabajo, la cual hacía indistinguibles a patronos de obreros en los actos públicos. (*Historia social del Tercer Reich*, p. 62.)

⁷⁶ *La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, p. 48.

mantener la guerra durante todo el tiempo que se mantuvo⁷⁷), la desviación de todos o casi todos los recursos hacia la industria de la guerra impidió paulatinamente el desarrollo de cualesquiera otros campos no asociados a la guerra o al esfuerzo bélico, de manera que después de la contienda Alemania quedó económicamente destrozada, y la prometida comunidad del pueblo, aunque parcialmente lograda y aún defendida por la gran mayoría de los alemanes incluso en vísperas de la capitulación, hecha añicos.

Esto por lo que, *grosso modo*, respecta al ámbito de corte más histórico-teórico. ¿Qué pasó con el pura y eminentemente histórico-práctico?

Huelga decir que Hitler, aun teniendo nula competencia en lo relativo a la economía disciplinar, e incluso despreciándola a fuer de idiosincrasia materialista, sí tenía una visión clara, si no de cómo lo quería, sí de lo que quería. (Amén de esto, no está de más señalar que, como es bien sabido, lo que dicen la teoría económica y los economistas en general habitualmente discurre por un derrotero bien distinto del de la economía cotidiana, hecho que explica que un lego en la materia como Hitler tuviera, empero, tamaño –aunque perverso-éxito.) De hecho, tan clara era esa visión suya que, tras su llegada al gobierno en 1933, apenas tardó unas pocas semanas en estructurar su agenda económica.

Así, la primera piedra de su prometido (y prometeico) «resurgimiento nacional» se orientó rápidamente hacia la recuperación económica de Alemania y hacia una búsqueda del pleno empleo, basada sobre todo en el fomento de la construcción de obras públicas (como por ejemplo autopistas, mediante el proyecto -originario de Weimar- de la *Autobahn* nacional o la construcción de kilómetros y kilómetros de red ferroviaria en el *Deutsche Reichbahn*) o requeridas por el Partido, objetivo para el cual el régimen no dudó en emplear una táctica intervencionista similar a la propuesta por el *New Deal* de Roosevelt. En esta persecución del pleno empleo Hitler invirtió especialmente los tres primeros años de su mandato y no en balde, pues a la postre (aplicación del racismo y la xenofobia –que hacían a muchos abandonar sus puestos de trabajo- mediante) obtuvo resultados palpables (en 1939 la mano de obra incluso escaseaba –tanto en la ciudad como en el campo-, excediendo la demanda en aproximadamente medio millón⁷⁸).

Una vez dejada atrás la extrema situación de paro de los años inmediatamente posteriores a la Depresión, y una vez imbuido el *Volk* del entusiasmo psicológico propio de la prosperidad (más aparente que real pero no por ello menos «sentida»⁷⁹), pronto sobrevino el proyecto autárquico, cuyo objetivo principal era rebajar una inflada deuda pública.

“Autarquía no significa que rechazamos conscientemente las posibilidades de aprovechar el mercado internacional, sino que debemos retornar, bajo todo punto de vista, a las propias fuerzas productivas de la nación. En este sentido es más importante el mercado interno que el de exportación.” (Feder) Autarquía tampoco significa la autosuficiencia a cualquier precio, o el confuso estrangulamiento del mercado internacional, sino que el llamado a la autarquía debe interpretarse, en nuestro sentido,

⁷⁷ *Grosso modo*, si para algo servían los «baratos» campos de concentración durante la guerra era, más allá de para exterminar a los «enemigos (raciales o no) del Reich», para mantener el enorme esfuerzo bélico.

⁷⁸ *Historia social del Tercer Reich*, p. 202.

⁷⁹ Para muestra, un botón: en 1937 la mayor parte de los alemanes decía ser más feliz que en 1928, a pesar de que, materialmente, su poder adquisitivo aún era menor (*Historia social del Tercer Reich*, p. 28.)

como un llamado al desarrollo, tan completo como posible, de todas las posibilidades económicas que existen en nuestra patria, para lograr el autoabastecimiento sobre bases tan sólidas como sea posible.⁸⁰

Este fue un momento clave del posterior desarrollo tanto de Alemania como del mundo, pues proporcionó el pretexto perfecto a Hitler para perfilar la que sería su siguiente gran meta durante el trienio de 1936-1939: la movilización de recursos hacia la expansión del ejército (aplicación de un keynesianismo de tipo militar) con el fin de conquistar de una vez por todas el ansiado *Lebensraum* que, en su opinión, merecía la nueva y flamante Gran Alemania.

Entremedias, es decir, a la par que estos dos grandes objetivos, que respondían quizá más a necesidades urgentes e inmediatas que a una metafísica propia y peculiar –aunque también–, el régimen nacionalsocialista tampoco vaciló a la hora de compaginar necesidad y virtud. El pleno empleo y la restauración de la soberanía militar eran objetivos tanto políticos como tácticos. Eran políticos en tanto en cuanto de cara al público la sensación generada era de recuperación del honor perdido tras la firma del Tratado de Versalles, y eran tácticos en tanto en cuanto daban la oportunidad al gobierno de poner en práctica muchas de sus ideas propias, como el gusto por el militarismo o la inicialmente citada concepción unitaria de Pueblo (*Volk*), Imperio (*Reich*) y Líder o Caudillo (*Führer*) bajo una sola bandera. Pero no fueron estas las únicas medidas de «sincronización» que adoptó el Partido en lo que duraron estos dos periodos prebélicos.

En un nivel más acorde al de la pura y doctrinal ideología nazi, los recursos económicos no solo se orientaron a la construcción de puentes, carreteras, edificios y al rearme masivo. Como no podía ser de otro modo, el NSDAP también centró gran parte de sus esfuerzos en la educación (especialmente en la educación física), haciendo progresivamente obligatoria para sectores de edad más bajos de la población la pertenencia a las Juventudes Hitlerianas o, en su defecto, a su ramificación femenina, la Liga de Muchachas Alemanas. Se gastaron considerables sumas en su organización, sus uniformes (cuyo precio, no obstante, abonaban los padres), sus aperos y sus campamentos. No era para menos: antes del triunfo electoral, el NSDAP había sido el representante de la Juventud frente al resto de generaciones, y, como tal, no podía permanecer indiferente ante la educación (léase adoctrinamiento) de quienes debían renovar el liderazgo de (o dar hijos a) la nación en el futuro⁸¹.

Asimismo, y como extensión de este planteamiento, tampoco se escatimó inversión en otros dos ámbitos conectados tanto entre sí como con el educacional, a saber: la sanidad y la natalidad.

Eutanasia y eugenesia se convirtieron en términos de moda en la época y, aunque su teorización «científica» era relativamente reciente (la eugenesia no surgió como «disciplina»

⁸⁰ *La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, p. 39. En cursiva en el original.

⁸¹ «Los hombres y mujeres que asentaron y gestionaron los sistemas de terror del Tercer Reich eran sorprendentemente jóvenes. Cuando en junio de 1933 [*sic*; el nombramiento fue en enero de 1933] Hitler fue nombrado canciller de Alemania a sus cuarenta y tres años, más de dos tercios de sus seguidores tenían menos de cuarenta». (Lower, Wendy, *Las arpias de Hitler. La participación de las mujeres en los crímenes nazis* (2013), traducción de Núria Pujol, Editorial Planeta, Barcelona, 2013, p. 29.)

hasta el último cuarto del siglo XIX, de la mano de Francis Galton⁸²), los nazis no dudaron en llevar a cabo su práctica al más puro estilo espartano, es decir, sin miramientos ni sensiblerías de ningún tipo (actos realizados, la mayoría de las veces, por mujeres, tanto en los campos de concentración como en lugares mucho más «inocentes» como los hospitales, lugares donde, de hecho, se llevaron a cabo verdaderas matanzas a un nivel rayano en el propio genocidio⁸³). Así, se convirtieron en hechos de poca novedad los registros médicos masivos, especialmente los familiares. Cualquier defecto de carácter hereditario o presumiblemente hereditario era castigado con, a lo menos, la esterilización. Para los defectos mayores, y en previsión de posibles «mezquinos actos de egoísmo» (relaciones sexuales dentro o fuera del matrimonio entre personas portadoras de algún defecto hereditario o consideradas sanguíneo-racialmente perjudiciales) por parte de los individuos «menos idóneos», el castigo era bastante más desproporcionado, soliendo incluir, las más de las veces, una visita al campo de concentración más cercano. Todo ello en nombre, por supuesto, de la higiene y salud del *Volkkörper* o «cuerpo étnico», cuyas «células» y «órganos» debían estar sanos y libres de «tumores» y «parásitos» para que el propio cuerpo étnico disfrutase de tan salubre estado (lo que más arriba hemos denominado, siguiendo a Griffin, «Estado jardinero»).

Como es obvio, la importancia de la genealogía y sobre todo de la genética subió muchos enteros, lo cual, aunque por medios inmorales e inhumanos, acabó trayendo consigo descubrimientos *a priori* difícilmente adquiribles de un modo más civilizado⁸⁴.

Sumado a todo esto apareció el aspecto natalicio. Los abortos fueron terminantemente prohibidos –salvo en casos de conveniencia racial–, y, como reflejo del culto absoluto que se hacía de la maternidad, se otorgaban premios a las mujeres más prolíficas⁸⁵. Tampoco faltaban los incentivos económicos para las parejas recién casadas, a los cuales se añadían posteriores cantidades en aumento directamente proporcional al número de hijos dados a luz. Que todo Estado que aspire a ser conquistador y no conquistado requiere una población de soldados o potenciales soldados lo mayor posible es algo que el gobierno nacionalsocialista se encargó de dejar más que patente.

Otras medidas o proyectos vinculados y vinculantes al respecto de los terrenos ideológico y económico-social fueron, además de los ya vistos de recuperación económica mediante la financiación de obras públicas, militarismo, educación, «sanidad», genética y crecimiento demográfico, los destinados a la dominación y ampliación del poderío mediático-propagandístico y su consecuente modernización tecnológica (tarea para cuya organización Goebbels era, sin duda, la persona idónea)⁸⁶, la repoblación del campo dentro del marco más general de una búsqueda del ideal equilibrio ecológico sostenible y la ilustrada armonía con la Naturaleza (proceso de ruralización muy ambicioso; por ejemplo, durante la década de 1930 se pusieron en marcha programas arquitectónicos orientados hacia la construcción de lo que,

⁸² Véanse, sobre todo, sus obras *El genio hereditario* (1869) y «Eugenesia: su definición, alcance y propósitos» (1904), en *Herencia y eugenesia*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

⁸³ Acerca del rol y el grado de implicación de las mujeres en el nazismo y en sus crímenes, ver G. Álvarez, Mónica, *Guardianas nazis. El lado femenino del mal* (2012), Editorial Edaf, Madrid, 2012 y, especialmente, *Las arpias de Hitler*.

⁸⁴ El conocimiento que poseemos actualmente sobre la hipotermia y sus efectos proviene, en su práctica totalidad, de las investigaciones en campos de concentración.

⁸⁵ *Historia social del Tercer Reich*, p. 252.

⁸⁶ Hitler siempre sostuvo que el triunfo del nacionalsocialismo jamás habría sido posible sin los modernos medios de comunicación de masas (especialmente radio y cinematógrafo).

sobre la base de modelos tradicionalistas, habría de ser la «aldea alemana» del futuro), así como, en la misma línea naturalista, la plantación de vastos territorios con árboles⁸⁷, o la implantación de una (primera a nivel mundial) legislación por los derechos de los animales, todo ello en plena coherencia con el tono biologista arriba comentado⁸⁸.

Por otra parte, la búsqueda de la trascendencia religioso-espiritual neopagana que había de sentir cada individuo del *Volk* se traducía, cómo no, en una fastuosa inversión en logística ritual para los Congresos Anuales del Partido. El sentido de sacrificio y liberación mediante el trabajo quedaba también patente en el Frente Alemán del Trabajo (concursos en busca de la «Empresa Modelo Nacionalsocialista» higiénica, cómoda, segura y perfectamente equipada, complementados por el programa de la *Amt für Schönheit der Arbeit* u Oficina para la Belleza del Trabajo) y en su servicio de «Fuerza a través de la Alegría» (para la cual se destinaron fondos específicos dirigidos a la construcción de barcos, instalaciones deportivas, áreas de esparcimiento, edificios de vacaciones..., todo ello para goce y disfrute de todo trabajador alemán⁸⁹). El desarrollo de un sistema de Asistencia Social Nacionalsocialista (que incluía diversas organizaciones, como la «Madre y Niño» o la «Ayuda Invernal») congeniaba con los proyectos de elevación del bienestar global del cuerpo étnico, y el conocido «criadero humano» *Lebensborn* (cuyas instalaciones superaban con mucho las de cualquier hospital corriente en lo que a disponibilidad y calidad de recursos se refiere) con el anhelo imperialista⁹⁰. Asimismo, en destacadísima posición, estuvo la inversión, tampoco escasa, en proyectos de carácter artístico (que, obviamente, rechazaban lo feo, enfermo o «degenerado», en suma, lo *judío*)⁹¹, entre los cuales cabe destacar, arquitectónicamente, la construcción de moles de inspiración greco-romana como el edificio del Reichstag, el Campo Zeppelin de Núremberg o, en última instancia, la total remodelación de Berlín (futura «Germania») en dos ejes Norte-Sur y Oeste-Este que convirtiese la ciudad en una «capital mundial» política y artísticamente acorde a los megalómanos sueños del *Führer*. Tampoco en el terreno escultórico (igualmente tendente a formas griegas, romanas y neoclásicas, estilo favorecido por la gran cantidad y la alta calidad de los escultores de la época) encontraron trabas los

⁸⁷ Acción fácilmente conectable con algunas de las tradiciones rurales más arraigadas: «El símbolo de la primavera: el árbol de mayo –En las regiones montañosas del Sur de Alemania se instala desde los tiempos más remotos un «árbol de mayo» a principios de este mes. Simboliza la terminación definitiva del invierno y la entrada del buen tiempo. Al son de la música y en ambiente de fiesta, el árbol de mayo se levanta en la plaza mayor del pueblo con asistencia de todos los vecinos. Esta costumbre conserva todavía hoy el ritual antiguo. El tronco deberá estar descortezado, puesto que entre la corteza y la madera se ocultan los espíritus malignos. Esto se comprueba por los insectos que aquí se refugian y por caer el rayo en este mismo sitio. El árbol de mayo, es levantado por los mozos del lugar con ayuda de palos. En torno a la corona sigue más tarde la «danza de las cintas», un baile en corro, en el que las parejas enroscan cintas de colores alrededor del árbol – un símbolo de la unión bajo los auspicios del ímpetu vital del mes de mayo. Esta antigua tradición ha resurgido con fuerza en la Gran Alemania. El primero de mayo, Fiesta Nacional del Pueblo Alemán, todos los poblados y ciudades del Reich plantan sus árboles de mayo». (*Signal*, D/Sp 4, 2º número de febrero de 1941, suplemento (hasta el número 7) del *Berliner Illustrierten Zeitung*, p. 20.)

⁸⁸ Una excelente referencia temática la tenemos en la obra de Luc Ferry ya citada, *El nuevo orden ecológico. El árbol, el animal y el hombre*.

⁸⁹ A comienzos de la guerra, 25.000.000 de alemanes de un total aproximado de 65.000.000 habían participado al menos una vez en los viajes organizados por la KdF.

⁹⁰ Aunque a modo de anécdota, no podemos evitar recordar aquí la ostensible similitud existente entre estas «Fuentes de la Vida» y el lema publicitario de nuestro IVI: «Donde nace la vida».

⁹¹ Como ya se ha sugerido varias veces a lo largo de este ensayo, es necesario tener en cuenta que la visión que los nacionalsocialistas y sobre todo Hitler tenían del Reich era una visión artística de «la producción de lo político como obra de arte» (Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, *El mito nazi* (1991), Anthropos Editorial, Barcelona, 2002, p. 37. En cursiva en el original.).

fondos del régimen, algo de lo que pudieron dar buena cuenta los escultores favoritos de Hitler, Josef Thorak y Arno Breker⁹². El ámbito pictórico, aunque sin figuras sobresalientes, sufrió asimismo un notable impulso. Sin olvidarnos, claro está, del cine (con figuras como Leni Riefenstahl) o la radio (construcción de *Volksempfänger*, «receptores del pueblo» muy baratos), ámbitos propagandísticos de eficacia incalculable.

Cabe destacar, además, el proyecto del *Volkswagen* o «coche popular»⁹³ y los procesos de «arianización», consistentes en la expropiación de todo tipo de bienes a los judíos (y a cualesquiera disidentes políticos, «indeseables (raciales)» o «asociales»), que reportaron cuantiosos beneficios a las arcas estatales, e incluso las expediciones al Tíbet y demás lugares de índole mística movidas por los intereses esotéricos tanto de Hitler como de otros miembros del Partido (especialmente de Himmler).

Cabe preguntarse: y todo esto, ¿para qué? Absolutamente todas estas disposiciones de carácter total o parcialmente económico remitían sin excepción, además de a ese ideario metafísico general que ya hemos visto en la primera parte y que hemos ido comentando de manera sucinta en cada caso particular, a la *Volksgemeinschaft*. Pero –y a estas alturas ya deberíamos saberlo– no a la *Volksgemeinschaft* entendida en el sentido legado por la tradición de «comunidad (de identidad, de pertenencia, de destino) del pueblo», sino a la *Volksgemeinschaft* entendida como «algo» más, entendida como algo que, además de fuente de identidad, pertenencia y destino, hiciera las veces, *per se*, de elemento definicional de lo ajeno y extraño frente a lo propio, posibilitando así la realización de dichos caracteres comunitarios: la *Volksgemeinschaft* entendida como «comunidad étnica del pueblo».

Este punto es clave, pero no es suficiente. No permite comprender cómo fue posible que los alemanes no creyesen, *sintiesen* que por fin se habían puesto los cimientos para la consecución final del anhelo comunitario. Hace falta algo más. Por sí sola, la raza, la etnia, no basta. Proporciona un anclaje material y empírico que facilita las cosas, pero no sirve para explicar –y menos aún justificar– la unión sentimental, los lazos espirituales. Para esto se antoja necesaria la presencia de un segundo elemento que complementa al primero, a saber: *el mito*. El mito que ya Sorel⁹⁴ se había preocupado en ensalzar en el supuesto de que

⁹² En este punto no debemos llevarnos a engaño. La visión habitual del arte nazi tiende a tildarlo rápidamente de copia y reiteración, esto es, de falta total de originalidad. Esto es cierto solo a medias. Hay que ser conscientes de lo que también eran conscientes los propios nazis: lo estúpido de reclamar como propia una cultura tal que la griega *en el mismo sentido* en que ya había sido reivindicada siglos antes por italianos y franceses. Así, en un intento de enraizar con la tradición helena de una manera exclusiva y *sui generis*, los nazis pretendieron ser los guardianes de lo que podríamos denominar como «la otra Grecia», una Grecia de corte místico, ancestral y, en un «nietzscheísmo», dionisiaco, frente a la Grecia racional, clásica y apolínea, que sería la Grecia italiana y francesa. Para un comentario algo más profundo acerca de estas «dos Grecias», *El mito nazi*, pp. 34-36.

⁹³ Diseñado (presuntamente) por Hitler y fabricado para los miembros de la organización «Fuerza a través de la Alegría», esto es, para los miembros del Frente Alemán del Trabajo que hubiesen previamente pagado sus cuotas (pues al contrario de la tendencia actual, los coches solo se entregaban una vez abonado el importe total).

⁹⁴ Sorel, George, *Reflexiones sobre la violencia* (1919), traducción de Florentino Traperó, Alianza Editorial, Madrid, 2005. También en nuestra propia tradición es posible hallar referencias directas al valor del ideal y del mito: «Los españoles hemos sido grandes en otra época, amantados por la guerra, por el peligro y por la acción; hoy no lo somos. Mientras no tengamos más ideal que el de una pobre tranquilidad burguesa, seremos insignificantes y mezquinos. Hay que atraer el rayo, si el rayo purifica; hay que atraer la guerra, el peligro, la acción, y llevarlos a la cultura y a la vida moderna». (E. Giménez Caballero, «Pío Baroja, precursor del fascismo español» en *Comunistas, judíos y demás ralea*, Valladolid, 1938. Disponible para su descarga en:

La facultad de actuar y el heroísmo, cualquier actividad de la historia mundial, se basan (...) en la fuerza del mito. (...) Sólo en el mito reposa el criterio de si un pueblo o un grupo social tienen una misión histórica o si ha llegado su momento histórico. Desde la profundidad de instintos vitales reales, no del razonamiento ni de la consideración de la oportunidad, surge el gran entusiasmo, la gran decisión moral y el gran mito. En una intuición directa, la masa entusiasmada crea la imagen mítica que empuja su energía hacia adelante, concediéndole tanto la fuerza para el martirio como el valor para utilizar la violencia. Sólo así un pueblo o una clase se convierte en el motor de la historia mundial.⁹⁵

La presencia de este elemento resulta lógica si tenemos en cuenta que ya «desde finales del siglo XVIII, es en la tradición alemana, y en ninguna otra parte, donde se ha elaborado la reflexión más rigurosa sobre la relación que guarda el mito con el problema de la identificación»⁹⁶. Así pues, mientras, por ejemplo, la raza puede proporcionar la sustancia común que, digamos, se necesita a modo de base, el mito puede, erigiéndose sobre dicha base, unificar mira y objetivos vitales de aquellos que comparten sustancia. Así es como se logra proporcionar un giro de tuerca definitivo a la solidez del todo popular (devenido, como sabemos, radicalmente *völkisch*), que ya no solo cuenta con sustancia común, sino también con destino común.

Ahora bien, no vale cualquier mito. A la pregunta acerca de «¿Quién es entonces hoy el portador del gran mito?», así como a la de qué mito es ese, Sorel «intenta demostrar que sólo las masas socialistas del proletariado industrial tienen un mito, y éste es la *huelga general* en la cual creen»⁹⁷. Ciertamente que el mito puede servir como ninguna otra cosa al propósito de superar (o de ocultar), entre otras, las diferencias puramente económicas que obstaculizan la unidad social que el soberano debe perseguir. Pero ¿acaso solo el mito de la huelga general sirve a la causa? ¿Acaso es el único factible? ¿Acaso es el mejor? Para Mussolini, no. Tampoco para los nacionalsocialistas. Uno y otros tienen claro que el mito proletario de la huelga general ni es el único, ni, desde luego, es el mejor. Para ese puesto ya se postuló otro candidato que, además, ha resultado ya triunfante: el mito *nacional*.

[Según Sorel] La utilización de la violencia proletaria ha convertido a Rusia [de la mano de Lenin] de nuevo en moscovita. Alabanza ésta un tanto extraña en boca de un marxista internacionalista, pues demuestra que *la energía de lo nacional es mayor que el mito de la lucha de clases*. (...) También allí donde se ha llegado a un conflicto abierto entre los dos mitos –en Italia– ha vencido (...) el mito nacional. (...) En su famoso discurso de octubre de 1922, en Nápoles, antes de la marcha sobre Roma, Mussolini dijo: «Hemos creado un mito; el mito es fe, noble entusiasmo; no tiene por qué ser una realidad; es un impulso y una esperanza, fe y valor. Nuestro mito es *la nación*, la gran nación que queremos convertir en una realidad concreta».⁹⁸

En esto consistió la auténtica esencia del nazismo. Su verdadera fuerza, su aparentemente inexplicable hipnotismo. En pocas palabras: su persistencia como ideología

<http://severitorres.org/ampa/joomla/images/Biblioteca/B/baroja/comunistas%20judios%20y%20demas%20ralea.pdf>)

⁹⁵ *Sobre el parlamentarismo*, pp. 86-87.

⁹⁶ *El mito nazi*, pp. 26-27.

⁹⁷ *Sobre el parlamentarismo*, p. 87.

⁹⁸ *Sobre el parlamentarismo*, pp. 95-96. La cursiva es añadida.

fanática. Raza y mito, mito y raza⁹⁹. He aquí los dos pilares ontológico y metafísico fundamentales de la *Weltanschauung* nazi, de la *Volksgemeinschaft* nazi. En una palabra: de la *Volkwerdung* nazi. De la conversión de un pueblo en sí mismo. Del paso de «la Idea» a la forma:

“*Idee und Gestalt*” era la expresión genérica incluso en el título o en el subtítulo de un número incalculable de folletos o de libros de los ideólogos nazis. A lo que apuntaba en efecto el nacional-socialismo en cada uno de los dos modelos del arte y del cristianismo, era el proceso capaz de conducir de la *Idea* a la *forma*. Y era este proceso, conducido bajo la dirección de un Führer que se presentaba a la vez como el Cristo alemán y como el artista de Alemania, lo que designaba la expresión de “trabajo creador”.¹⁰⁰

Este aspecto es *decisivo*. Da perfecta cuenta del carácter idealista que los nazis quisieron imprimir hasta la extenuación a su ideología en el supuesto de que una idea *weltanschaulich* -«la Idea» *weltanschaulich*- podía cambiar el mundo. A ojos de los nacionalsocialistas, ningún elemento más conversor de un pueblo en sí mismo y en su esencia, efectista y efectivo, que la «creación» y promoción de un arte y, en última instancia, un mito. Claro que esto puede resultar chocante. Si el mito es, cuanto menos, potencialmente capaz de hacer las veces de eje aglutinante de la identidad y las energías vitales de toda una comunidad, ¿por qué un filósofo tan insigne como Platón los «desterró» de su perfecta Calípolis?

Se sabe que Platón ha construido lo político (y, con el mismo gesto, delimitado lo filosófico como tal) excluyendo de la pedagogía del ciudadano, y más generalmente del espacio simbólico de la ciudad, los mitos y las formas mayores del arte que les estaban vinculadas. (...) ¿Por qué? Por la razón esencial de que los mitos, por el papel que desempeñan en la educación tradicional, por su carácter de referente general en la práctica habitual de los griegos, inducen a malas actitudes o malos comportamientos éticos o políticos. Los mitos son socialmente nefastos.

Pero bajo esa apariencia fatal se encuentra un poder que, si se sabe explotar, puede resultar decisivo a la postre:

Porque esta condenación del papel de los mitos supone que se les reconozca, de hecho, una función específica de *ejemplaridad*. El mito es una ficción en el sentido fuerte, en el sentido activo de formación (*façonnement*), o, como lo dice Platón, de la «plástica»: es entonces un *fictionamiento*, cuyo papel es proponer, si no imponer, modelos o tipos (...), tipos a imitación de los cuales un individuo –o una ciudad, o un pueblo entero- puede comprenderse a sí mismo e identificarse.¹⁰¹

⁹⁹ Imposible hallar mejor ni más explícita manifestación de ambos elementos que la obra de Alfred Rosenberg (el arquitecto autoproclamado filósofo del Partido que llegó a ser «Ministro de los Territorios Ocupados del Este») *El Mito del siglo XX. Una valoración de las luchas animico-espirituales de las formas en nuestro tiempo* (1928), disponible para su descarga en:

http://www.tercerafuerzanacion.org/desc_libros/el%20mito%20del%20siglo%20xx.pdf

¹⁰⁰ Michaud, Éric, *La estética nazi. Un arte de la eternidad* (1996), traducción de Antonio Oviedo, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2009, p. 11. En cursiva en el original.

¹⁰¹ *El mito nazi*, p. 28. En cursiva en el original.

En última instancia, la auténtica naturaleza, la genuina potencia del mito reside en ser vivido, en ser literalmente *encarnado* en la figura de un pueblo o, mejor aún, de un líder. Será de esta forma como «la Idea» ancle con la realidad y sea capaz de hibridarse con ella hasta dar lugar a una imagen *weltanshaulich* que sea capaz de transformar radicalmente el mundo y, con él, todos los valores. Y, por descontado, ningún momento mejor, más excelso ni apropiado para tan mística encarnación que la guerra, estado máximo de tensión óptica en el que la existencia del *Volk* está comprometida en tamaño extremo que sea inconcebible ocasión más propicia para la puesta en práctica de la *Volkwerdung* en su dimensión más vívida y genuina:

Los alemanes aparecemos fácilmente militaristas a otros pueblos por nuestras virtudes militares. Es una injusticia pensar así (...). Las trágicas luchas desarrolladas desde siglos en el interior del pueblo alemán, no podrán ser comprendidas por quien no sepa que nosotros los alemanes hemos sido un pueblo glorioso y libre bajo nuestros emperadores medievales, cuyo carácter halló expresión en *las milicias*. El alemán defendió siempre a su patria por libre resolución, sin que existieran ejércitos permanentes. Estos fueron impuestos a los alemanes por príncipes ulteriores y servían solo para hacer absoluto el poder de los mismos. El pueblo alemán ha luchado contra ese absolutismo de los príncipes desde las guerras de Labradores a las revoluciones del siglo pasado hasta que en la batalla de las Naciones de Leipzig volvió a formar por primera vez un pueblo unido contra la opresión extranjera. La alegría alemana por la fuerza defensiva no es ninguna alegría por el militarismo, sino una ocupación natural de los alemanes y una parte de su concepto de la libertad.¹⁰²

Disposición para la defensa no significa clamor de guerra, no tiene nada que ver con ansias de conquista. La disposición para la defensa es de naturaleza pacífica, pero hace que todo un pueblo bajo las armas acuda a las fronteras cuando sus enemigos lo amenazan. Un viejo proverbio dice: “¡Si quieres paz, prepárate para la guerra!” Esto no significa otra cosa que estar siempre alerta. Defensa y armas son el honor del hombre. Si las pierde, está deshonrado.¹⁰³

He aquí la manifestación última del sueño de las SA: la milicia popular, hecha realidad por medio del *Volkssturm*, las fuerzas de ataque del pueblo puestas en marcha por y bajo mandato de Goebbels en 1944 (sobre una idea que se remontaba, cuando menos, a 1935) como recurso desesperado ante lo que a todas luces parecían los oscuros estertores de la conflagración.

El *Volkssturm* supuso, paradójicamente, tanto la realización cenital e inconcusa del mito-ideal de una *Volksgemeinschaft* étnica autónoma, levantada en armas en la tesitura crucial en pos de la acérrima defensa de su propia existencia, como un auténtico «ocaso de los dioses», materializado en aquella paupérrima y postrera exhalación de un Reich tiempo ha agonizante, tiempo después muerto.

¹⁰² *Signal*, D/Sp 4, 2º número de febrero de 1941, p 31. La cursiva es añadida.

¹⁰³ *Breviario político nacionalsocialista*, p. 26.

Decreto del Führer sobre la conformación del Volkssturm Alemán

Después de 5 años de encarnizados combates en algunos frentes muy cercanos a las fronteras alemanas, el enemigo se mantiene atacándonos debido a la deserción de todos nuestros aliados europeos. El enemigo ha iniciado acciones para aplastar nuestro imperio, para destruir al pueblo alemán y su orden social; su último objetivo, es la exterminación de la raza alemana.

Al igual que en el otoño de 1939, nos estamos enfrentando solos a nuestros enemigos. En los últimos años hemos tenido éxito resolviendo los más complejos problemas militares desde la primera operación en gran escala hecha por el bravo pueblo alemán. Una vez más, por nuestra férrea voluntad, la continuidad del Imperio y por tanto de Europa estará asegurada.

Pero como nuestros enemigos se creen capaces de darnos el golpe final, hemos decidido utilizar nuevamente el poder de nuestro pueblo. Deberá y tendrá éxito, como en los años 1939 al 41 y derrotará al enemigo y lo echará de nuestro Imperio para siempre, para que el futuro de Alemania y sus aliados y con ellos Europa, aseguren y garanticen la paz para siempre. Las intenciones de nuestro enemigo, el judaísmo internacional, de aniquilarnos, será arrasado por la voluntad del pueblo alemán.

Para el reforzamiento del poder de nuestras fuerzas armadas y en especial del liderazgo en la lucha infatigable en todas partes, ahí donde nuestros enemigos quieran poner el pie sobre la tierra alemana, demando ir al combate a todos los hombres capaces de manejar un arma.

Por tanto, ordeno:

1) Se formarán las Volkssturms, fuerzas de defensa del pueblo alemán, en todos los distritos del Imperio de la Gran Alemania, en las que deberán servir todos los hombres de 16 a 60 años capaces de portar un arma. Defenderán el suelo patrio con todas las armas y los medios a su alcance que parezcan apropiados.

2) Se establecerá la formación y el comando de las Volkssturmes Alemanas en todos los distritos bajo el liderazgo del Gauleiter. Tendrán a los organizadores y líderes más capaces del partido, de las SA (Sturmabteilung), las SS (Schutzstaffel), las NSKK (Nationalsozialistisches Kraftfahrkorps) y las HJ (Hitler Jugend).

3) Designo a Schepmann, Comandante de las Fuerzas SA, como inspector para el entrenamiento táctico; a Krauss, Líder de Cuerpo NSKK, como inspector de entrenamiento para la formación motorizada de las Volkssturms.

4) A los miembros de las Volkssturms Alemanas se les otorgará la categoría de soldados en servicio.

5) La afiliación de los miembros de las Volkssturmes Alemanas a las organizaciones partidarias se mantiene inalterable. Sin embargo, el servicio Volkssturm tiene precedencia sobre todos los demás servicios.

6) El Reichsführer SS, como Comandante de las Reservas, es el responsable de la organización militar, entrenamiento, armamento y equipamiento de las Volkssturmes Alemanas.

7) Las misiones militares de las Volkssturmes Alemanas se harán según mis instrucciones por intermedio del Comandante de las Reservas.

8) Las reglamentaciones militares para implementar este decreto serán emitidas por el Comandante de las Reservas, Reichsführer SS Himmler, las reglamentaciones

políticas y organizacionales, según mis instrucciones, serán emitidas por el Reichsleiter Borman.

9) El Partido Nacionalsocialista cumple su más alta obligación de honor ante el pueblo alemán, al dar prioridad en su organización para cumplir con su responsabilidad en esta lucha.

Cuartel General del Führer, el 25 de setiembre de 1944,
gez. Adolf Hitler¹⁰⁴

Bibliografía

- Adam, Peter, *El arte del Tercer Reich* (1992), Tusquets Editores, Barcelona, 1992
- Chaves Nogales, Manuel, *Bajo el signo de la esvástica [Cómo se vive en los países de régimen fascista]*, Editorial Almuzara, S.L., Córdoba, 2012
- Feder, Gottfried, *El programa nacionalsocialista y sus concepciones doctrinarias ideológicas fundamentales* (1936), texto oficial del NSDAP, Editorial del NSDAP, Múnich
- Ferry, Luc, *El nuevo orden ecológico. El árbol, el animal y el hombre* (1992), Tusquets Editores, Barcelona, 1994
- Fritzsche, Peter, *De alemanes a nazis, 1914-1933* (1998), traducción de Jorge Salvetti, Siglo XXI Editores Argentina, 2006
- G. Álvarez, Mónica, *Guardianas nazis. El lado femenino del mal* (2012), Editorial Edaf, Madrid, 2012
- Galton, Francis, *Herencia y eugenesia*, Alianza Editorial, Madrid, 1988
- Giménez Caballero, Ernesto, «Pío Baroja, precursor del fascismo español», en *Comunistas, judíos y demás ralea*, Valladolid, 1938. Disponible para su descarga en: <http://severitorres.org/ampa/joomla/images/Biblioteca/B/baroja/comunistas%20judios%20y%20demas%20ralea.pdf>
- Grunberger, Richard, *Historia social del Tercer Reich*, 1971, Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 2010
- Hernández Sandoica, Elena, *Los fascismos europeos* (1992), Ediciones Istmo, Madrid, 1992
- Hitler, Adolf, *Mi lucha* (1925-1928), disponible para su descarga en: <http://radioislam.org/historia/hitler/mkampf/pdf/spa.pdf>
- Kant, Immanuel, *Crítica del Juicio* (1790), Editorial Espasa Calpe, Madrid, 2009
- Koonz, Claudia, *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich* (2003), Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 2005
- Lower, Wendy, *Las arpias de Hitler. La participación de las mujeres en los crímenes nazis* (2013), Editorial Planeta, Barcelona, 2013
- Michaud, Éric, *La estética nazi. Un arte de la eternidad* (1996), Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2009
- Mosse, Georg L., *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, Marcial Pons, Madrid, 2005
- Mussolini, Benito, *La doctrina del fascismo* (1932): <http://www.upf.edu/materials/fhuma/nacionalismes/nacio/docs/mussolini.pdf>

¹⁰⁴ «Decreto del Führer sobre la conformación del Volkssturm Alemán», disponible para su lectura y copia en: <http://www.exordio.com/1939-1945/codex/Documentos/volkssturm-decree.html>

- Nietzsche, Friedrich, *Así habló Zaratustra* (1883-1885), Alianza Editorial, Madrid
- Overy, Richard, *Crónica del Tercer Reich* (2010), Tusquets Editores, Barcelona, 2013
- Payne, Stanley George, *El fascismo*, 1980, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2009
- Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, *El mito nazi* (1991), Anthropos Editorial, Barcelona, 2002
- Reinhold Hermann, Arthur y Ritsch, Arthur, *La economía en la cosmovisión nacionalsocialista* (1934) texto oficial del N.S.D.A.P., Editorial del NSDAP, Múnich
- Sala Rose, Rosa, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo* (2003), Acantilado, Barcelona, 2003
- Rosenberg, Alfred, *El Mito del siglo XX. Una valoración de las luchas anímico-espirituales de las formas en nuestro tiempo* (1928), disponible para su descarga en:
http://www.tercerafuerzanacion.org/desc_libros/el%20mito%20del%20siglo%20xx.pdf
- Schmitt, Carl, *Sobre el parlamentarismo* (1923), Editorial Tecnos, Madrid, 1990
- Sepúlveda, Juan Ginés de, *Diálogo llamado Demócrates* (sin fecha de publicación oficial), Editorial Tecnos, Madrid, 2012
- Signal*, Deutscher Verlag, Kochstrabe 22-26, Berlín SW 68, Alemania edición e impresión, Harald Lechenperg director, Hugo Mösslang subdirector; hasta el número 7, suplemento del *Berliner Illustrierten Zeitung*
- Sorel, George, *Reflexiones sobre la violencia* (1919), Alianza Editorial, Madrid, 2005
- Sponholz, Hans, *Breviario político nacionalsocialista* (1935), texto oficial del NSDAP, Editorial del NSDAP, Múnich
- Spotts, Frederic, *Hitler y el poder de la estética* (2002), Machado Grupo de Distribución, S.L., Madrid, 2011
<http://editorialkamerad.files.wordpress.com/2013/06/breviario-polc3adtico-nacionalsocialista1.pdf>
- <http://es.scribd.com/doc/39073942/Gottfried-Feder-Programa-Del-Partido-Nazi>
- <http://es.wikipedia.org/wiki/Ecofascismo>
- http://es.wikipedia.org/wiki/Manifiesto_de_Verona
- http://es.wikipedia.org/wiki/Tercera_posici%C3%B3n
- http://en.wikipedia.org/wiki/Third_Position
- <http://www.exordio.com/1939-1945/codex/Documentos/volkssturm-decree.html>
- <http://www.stormfront.org/forum/t945383/>